No habrá guerra de Troya

DE

Jean Giraudoux.

VERSION ESPAÑOLA DE

Fernando Díaz-Plaja

COLECCION TEATRO Nº 231

NO HABRA GUERRA DE TROYA...

NO HABRA GUERRA DE TROYA...

OBRA EN DOS ACTOS, ORIGINAL DE

JEAN GIRAUDOUX

VERSION ESPAÑOLA DE

FERNANDO DIAZ-PLAJA

EDICIONES
ALFIL
PREMIO NACIONAL DE TEATRO, 1952

CION

ΓRO

DIRECTOR:

MANUEL BENITEZ SANCHEZ-CORTES

231

© 1959, by ESCELICER, S. A., Héroes del 10 de Agosto, 6, Madrid.—Reservados todos los derechos.—Los representantes de la Sociedad General de Autores de España son los únicos encargados de autorizar la representación o adaptación de esta obra.

DEPOSITO LEGAL: S S. 1060 - 1959

ESCELICER, S. A. - P. de Colón, 4 - SAN SEBASTIAN

Esta obra fué estrenada, en su versión española, en el Teatro Español, de Madrid, el 14 de abril de 1959, con el siguiente

REPARTO

Andrómaca	JOSEFINA DE LA TORRE
Casandra	LOLA GAOS
Esclava	CONCHITA NAVASCUES
Héctor	SIMON RAMIREZ
Paris	FRANCISCO VALLADARES
Viejo	AGUSTIN ZARAGOZA
Egisto	ENRIQUE ECHEVARRIA
Priamo	EMILIO BERRIO
Demokos	LUIS LARRA
Hécuba	MARIA RUS
Agrimensor	EMILIO TRASPAS
Elena	DELIA LUNA
La Paz	PILAR CAÑADAS
Troilo	RAFAEL SEPULVEDA
Abneos	FRANCISCO MASSANA
Busiris	IGNACIO DE PAUL
Oficial	ANTONIO MORILLA
Guardia	JOSE DATO
Mensajero	DIEGO SOLORZANO
Oyax	JOSE RAMON CENTENERO
Ulises	MARCELO ARROITA JAUREGUI
Marinero	ANTONIO RODRIGUEZ
Timonel	ENRIQUE CIURANA
Primer Oficial	ALICIO MUÑOZ
Una troyana	CARMEN BLASCO
Vigía	LUIS REVILLA
Muchacho	ABEL ASENSI
Iris	MANOLITA T. MONTENEGRO

Decorados y vestuario: V. RODRIGUEZ UROSA.
Música: MANUEL YUSTA.
Dirección: MODESTO HIGUERAS.

NOTA: Dadas las disposiciones legales españolas sobre el trabajo de menores, fué suprimido el personaje de "Polixena", que aparece, sin embargo, en la presente edición.

ACTO PRIMERO

Una terraza sobre la muralla, que domina otras terrazas.

ESCENA I

(ANDROMACA, CASANDRA, UNA SIRVIENTE.)

ANDROMACA.—No habrá guerra de Troya, Casandra.

CASANDRA.—Te acepto una apuesta, Andrómaca.

ANDROMACA.—El enviado griego tiene razón. Le recibiremos amablemente, envolveremos a su pequeña Elena y se la devolveremos.

CASANDRA.—Le recibiremos de forma grosera, no devolveremos a Elena y habrá guerra de Troya.

ANDROMACA.—Eso sería si Héctor faltara... Pero viene, Casandra, ¡está llegando! ¿Oyes esas trompetas? En este momento entra victorioso en la ciudad, y supongo que tendrá derecho a dar su opinión. Cuando se fué, hace ya tres meses, me juró que esta guerra sería la última.

CASANDRA.—Era la última. La siguiente le espera.

ANDROMACA.—Casandra, ¿no te cansa ver y prever sólo cosas horribles?

CASANDRA.—Yo no veo nada, Andrómaca, yo no preveo nada. Pero tengo siempre presentes dos cosas: la estupidez de los hombres y la de los elementos.

ANDROMACA.—¿Por qué tiene que haber guerra? A París, ya no le importa Elena; a Elena, ya no le importa París.

CASANDRA.—¡De ellos se trata!
ANDROMACA.—¿De quién, pues?
CASANDRA.—¡A Paris no le importa Elena! ¡A Elena no le importa Paris! ¿Has visto alguna vez que el Destino se interese por negaciones?
ANDROMACA.—No sé lo que es el Destino.
CASANDRA.—Te lo diré. La forma acelerada del tiempo. Algo tremendo.
ANDROMACA.—No comprendo tus abstracciones.
CASANDRA.—Te ayudaré. Acudamos a las metáforas. Imagínate un tigre. Esta la comprenderás, ¿verdad? Es una metáfora para jovencitas. ¿Puedes imaginar a un tigre durmiendo?
ANDROMACA.—Déjale que duerma.
CASANDRA.—No desearía otra cosa. Pero las afirmaciones no le dejan dormir. Desde hace algún tiempo Troya está llena...
ANDROMACA.—¿De qué?
CASANDRA.—De esas frases que aseguran que el mundo y su dirección pertenecen a los hombres en general y a los troyanos y a las troyanas en particular.
ANDROMACA.—Sigo sin comprender...
CASANDRA.—En este momento Héctor llega a Troya...
ANDROMACA.—Sí. Héctor en este momento vuelve a su esposa.
CASANDRA.—La esposa de Héctor espera un hijo.
ANDROMACA.—Así es. Espero un hijo.
CASANDRA.—Todo eso, ¿no son, acaso, afirmaciones?
ANDROMACA.—No me asustes, Casandra.
UNA CRIADA.—*(Joven, pasando con la ropa.)* ¡Qué día más hermoso, ama!
CASANDRA.—¿Te parece?

UNA CRIADA.—*(Saliendo.)* Troya está besando al mejor día de su primavera.

CASANDRA.—¡Afirmaciones hasta en el lavadero!

ANDROMACA.—Pero, ¡si es cierto, Casandra! ¿Cómo puedes hablar de guerra en un día así? La felicidad cae sobre el mundo.

CASANDRA.—Como si nevara...

ANDROMACA.—Y la belleza. ¡Mira ese sol! Cuaja más nácar en los barrios de Troya que en el fondo de los mares. El murmullo de las conchas marinas surge de cada casa de pescador, de cada árbol... Si ha habido jamás una posibilidad de que los hombre hallen el medio de vivir en paz, es esta de hoy... Para que sean modestos... Para que sean inmortales...

CASANDRA.—Sí, los paralíticos arrastrados hasta el umbral de sus puertas se sienten inmortales.

ANDRÓMACA.—¡Y para que sean buenos! Mira a ese jinete de la vanguardia inclinándose sobre el estribo para acariciar el gato en la almena... Quizá hayamos llegado también al primer día de la comprensión entre el hombre y los animales.

CASANDRA.—¡Hablas demasiado! El Destino se inquieta, Andrómaca.

ANDROMACA.—Se inquieta en las muchachas sin marido. Yo no te creo.

CASANDRA.—Te equivocas. ¡Ah! ¡Héctor vuelve cubierto de gloria a ver a su esposa! Abre un ojo... ¡Ah! Los lisiados se creen inmortales en sus banquillos... Se despereza... ¡Ah! Hoy se presenta la oportunidad de que la paz se instale en el mundo. Se relame... ¡Andrómaca espera un hijo! Y los coraceros se inclinan sobre el estribo para

acariciar los gatos en las almenas... Se pone en marcha...

ANDROMACA.—¡Calla!

CASANDRA.—Sube silenciosamente las escaleras del palacio... empuja con el hocico las puertas... ya llega... ya llega...

VOZ DE HECTOR.—¡Andrómaca!

ANDROMACA.—¡Mientes! ¡Es Héctor!

CASANDRA.—¿Quién te ha dicho lo contrario?

ESCENA II

(ANDROMACA, CASANDRA, HECTOR.)

ANDROMACA.—¡Héctor!

HECTOR.—¡Andrómaca! *(Se abrazan.)* Un saludo también para ti, Casandra. ¿Quieres llamarme a Paris? Lo más pronto posible... (CASANDRA *se entretiene.)* ¿Tienes algo que decirme?

ANDROMACA.—No la escuches. ¡Cualquier catástrofe!

HECTOR.—¡Dime!

CASANDRA.—Tu mujer espera un niño.

ESCENA III

(ANDROMACA, HECTOR, CASANDRA.)

HECTOR.—*(La toma en sus brazos, la lleva al banco de piedra, se sienta junto a ella. Silencio breve:)* ¿Hijo... o hija?

ANDROMACA.—¿Qué quisiste crear al llamarle?

HECTOR.—Mil muchachos... mil chicas...

ANDROMACA.—¿Por qué? ¿Creías abrazar a mil mujeres? Vas a tener una decepción... Será un hijo, sólo uno.

HECTOR.—Hay muchas probabilidades de que lo sea... Tras las guerras nacen más niñas que niños.

ANDROMACA.—¿Y antes de las guerras?

HECTOR.—No hablemos de las guerras ni de la guerra... Acaba de terminar. Te ha quitado un padre y un hermano, pero te ha devuelto un marido.

ANDROMACA.—Ha sido demasiado buena. Ya se recuperará...

HECTOR.—Cálmate. No la dejaremos. Ahora mismo, apenas te deje, iré a cerrar solemnemente las puertas de la guerra. No volverán a abrirse.

ANDROMACA.—Ciérralas; pero se abrirán de nuevo.

HECTOR.—Quizá puedas incluso indicarme el día exacto...

ANDROMACA.—Sí. El día en que las espigas estén doradas y grávidas; la viña, rebosante; las casas, llenas de matrimonios...

HECTOR.—Y la paz en su colmo de perfección, probablemente.

ANDROMACA.—Sí. Y mi hijo, robusto y fornido.

HECTOR.—*(Besándola.)* Tu hijo puede ser un cobarde. Sería su salvaguardia.

ANDROMACA.—No será un cobarde. Pero yo le habré cortado el índice de la mano derecha, el de la cuerda del arco.

HECTOR.—Si todas las madres cortan el índice derecho de su hijo, los ejércitos del universo se harán la guerra sin ese dedo. Si les cortan la pierna, los ejércitos serán cojos, y si les arrancan los ojos, los ejércitos serán ciegos; pero habrá ejércitos, y en la lucha tantearán buscándose la falla de la armadura o la garganta.

ANDROMACA.—Le mataré antes.

HECTOR.—He aquí la gran solución maternal de las guerras.

ANDROMACA.—No te rías. Puedo matarle antes de que nazca.

HECTOR.—¿No quieres verle un minuto, sólo un minuto? Después reflexionarás. ¿No quieres ver a tu hijo?

ANDROMACA.—Sólo me interesa el tuyo. Porque es tuyo; porque él es ya tú, tengo miedo. No puedes imaginar lo mucho que se te parece. Está todavía en la nada y, sin embargo, tiene ya todo lo que tú has traído a nuestra vida diaria. Tiene tus ternuras y tus silencios. Si a ti te gusta la guerra, le gustará a él. ¿Te gusta?

HECTOR.—¿A qué viene esa pregunta?

ANDROMACA.—Reconoce que algunos días te gusta.

HECTOR.—Si te puede gustar lo que te arranca de la esperanza, de la felicidad, de los seres queridos...

ANDROMACA.—Tú lo has dicho. Te gusta.

HECTOR.—Si te dejas ilusionar por esa pequeña representación que los dioses te conceden en el momento del combate...

ANDROMACA.—¡Ah! ¿Te sientes un dios en el momento del combate?

HECTOR.—A veces me siento menos que un hombre. Pero otras... uno se levanta ligero, desorientado, cambiado. El cuerpo, las armas, tienen otro peso, otra aleación. Uno se siente invulnerable. Y te invade una ternura singular, la extraña ternura de las batallas. Eres tierno precisamente porque no tienes piedad. Sí, ésa debe ser la ternura de los dioses. Avanzas hacia el enemigo lenta, casi distraidamente, pero con dulzura. Se evita pisar al

escarabajo, se oxea al mosquito sin derribarle. Jamás se ha visto al hombre respetar con tal cuidado la vida del paisaje.

ANDROMACA.—Y entonces llega el enemigo...

HECTOR.—Y entonces llega el enemigo, espumajeando, terrible de aspecto. Pero uno le compadece, porque por detrás de su barba y sus ojos enloquecidos ve al pobre funcionario humano, al marido, al yerno, al hermano, al bebedor de raki y comedor de aceitunas. Se le aprecia... pero él insiste... Entonces se le mata.

ANDROMACA.—Y uno se inclina como un dios sobre el cuerpo caído, pero uno no es dios y no puede devolverle la vida.

HECTOR.—No se inclina porque llegan otros. Con la espuma, con su mirada de odio. Otros que saben a familia, a aceituna, a paz.

ANDROMACA.—...y se les mata...

HECTOR.—...y se les mata. Es la guerra.

ANDROMACA.—¿A todos?

HECTOR.—Esta vez los hemos matado a todos. Expresamente. A conciencia. Porque ese pueblo era la raza de la guerra, porque gracias a ese pueblo la guerra se propagaba por toda Asia. Sólo ha escapado uno.

ANDROMACA.—Dentro de mil años todos los hombres serán los hijos de ese fugitivo. Le has salvado inútilmente. A mi hijo le gustará la guerra porque a ti te gusta.

HECTOR.—Por el contrario... me parece que la odio.

ANDROMACA.—¿Cómo es posible odiar lo que antes se adoraba? Cuéntamelo. Me interesa.

HECTOR.—Es como cuando se descubre que un anu-

go te miente. Desde entonces todo lo que diga suena a falso, incluso las verdades. Te extrañará oírlo, pero a mí la guerra me había prometido la bondad, la generosidad, el desprecio de las mezquindades. Creía deberle mi ardor, mi alegría de vivir e incluso tú misma... Y hasta esta última campaña no ha habido un enemigo que no haya querido.

ANDROMACA.—Tienes razón; no se mata a gusto más que lo que se quiere.

HECTOR.—Y no puedes imaginar con qué armonía sonaba la voz de la guerra para que creyera en esa nobleza. El galope nocturno de los caballos, el ruido mixto de metal y seda que produce el regimiento acorazado al rozar la tienda, el chillido del halcón por encima de la compañía extendida en emboscada, todo tenía un eco tan perfecto...

ANDROMACA.—Y esta vez, ¿has oído una nota falsa?

HECTOR.—Sí. ¿Por qué motivo? ¿La edad, quizá? ¿Será fatiga de un trabajo, la misma que asalta de pronto al carpintero ante su mesa de taller, lo que me ha sobrecogido cuando me preparaba a rematar a un adversario de mi edad? Antes, los que iba a herir me parecían lo opuesto a mí. Esta última vez me he sorprendido arrodillado ante un espejo. La muerte que iba a dar resultaba un minúsculo suicidio. No sé lo que hace el carpintero en ese caso, si tira su martillo y su barniz o si continúa trabajando... Yo he continuado Pero desde ese momento no he vuelto a oír la perfecta armonía. Todo ha sonado en falso, el choque de la lanza contra mi escudo, el golpe del caído sobre el suelo y algunas horas más tarde incluso el hundimiento

de los palacios. Y por otra parte la guerra ha visto que la había comprendido. Y ya no se ofendía... hasta los gritos dé los moribundos estaban fuera de tono.

ANDROMACA.—Para ti. ¿Y para los demás?

HECTOR.—Para todos. El ejército que traigo odia la guerra.

ANDROMACA.—Es un ejército de oído defectuoso.

HECTOR.—No lo creas. Porque hace apenas una hora, a la vista de Troya, todo ha sido armonía para él. Todos los regimientos se han detenido desconcertados hasta el punto que no nos hemos atrevido a entrar audazmente por las puertas y nos hemos repartido en grupos a lo largo de las murallas... Es la única misión noble de un auténtico ejército: sitiar pacíficamente a la patria que les acoge.

ANDROMACA.—¿Y no has comprendido que ésa era la mayor de las falsedades? ¡La guerra está dentro de Troya, Héctor! Ella os ha recibido a las puertas, ella es la que me entrega a ti así de desamparada, no el amor.

HECTOR.—¿A qué viene eso?

ANDROMACA.—¿Sabes que Paris ha raptado a Elena?

HECTOR.—Me lo acaban de decir. ¿Y qué?

ANDROMACA.—¿Y que los griegos la reclaman? ¿Que su enviado llega hoy mismo y que si no se la devuelven significa la guerra?

HECTOR.—¿Por qué no se la van a devolver? Yo mismo la entregaré.

ANDROMACA.—Paris no lo consentirá.

HECTOR.—Le habré convencido dentro de unos minutos. Casandra me lo trae.

ANDROMACA.—No puede consentirlo. Se lo impide su reputación, como decís vosotros. Y quizá también su amor, como dice él.

HECTOR.—Eso lo veremos. Corre a preguntar a Priamo si puede oírme urgentemente y cálmate. Ninguno de los troyanos que han hecho y son capaces de hacer la guerra, la quiere.

ANDROMACA.—Quedan todos los demás.

CASANDRA.—*(Entra.)* Aquí tienes a Paris.

(ANDROMACA *se va.)*

ESCENA IV

(HECTOR, CASANDRA, PARIS.)

HECTOR.—Enhorabuena, Paris. Parece que has aprovechado bien mi ausencia.

PARIS.—No ha ido mal, gracias.

HECTOR.—Bueno... ¿qué significa esa historia de Elena?

PARIS.—Elena es una persona de mucho atractivo, ¿verdad, Casandra?

CASANDRA.—De bastante.

PARIS.—¿A qué vienen estas reservas ahora? Ayer mismo me decías que la encontrabas muy bella.

CASANDRA.—Es muy bella, pero sólo tiene bastante atractivo.

PARIS.—¿Verdad que semeja una pequeña gacela?

CASANDRA.—No.

PARIS.—Tú misma dijiste ayer que parecía una gacela.

CASANDRA.—Me había equivocado. Después he vuelto a ver una gacela.

HECTOR.—¡Me estáis cansando con tanta gacela! ¿Tan poco se parece a una mujer?

PARIS.—Evidentemente, no se parece en nada a una mujer de esta tierra.

CASANDRA.—¿Cómo son las mujeres de esta tierra?

PARIS.—Como tú, querida hermana. Excesivamente cercanas.

CASANDRA.—¡Ah! Tu griega, en el amor, ¿se queda lejos?

PARIS.—Ya sabes a qué me refiero. Estoy cansado de las mujeres asiáticas. Sus abrazos son de cola, sus besos desolladuras, sus palabras te degluten... A medida que se desvisten parecen cubrirse de un traje más recargado que los anteriores, su desnudez y todos sus afeites amenazan grabarse sobre vosotros. En fin, que se pasa muy mal con ellas... En cambio, Elena se mantiene lejos de mí, incluso en mis brazos.

HECTOR.—Muy interesante... Y, ¿crees que eso de permitir a Paris que haga el amor a lo lejos, vale una guerra?

CASANDRA.—A lo lejos, pero de cerca. Le gustan las mujeres distantes, pero muy próximas.

PARIS.—La ausencia de Elena mientras está presente vale un mundo.

HECTOR.—¿Cómo la has raptado? ¿Previo su consentimiento o a la fuerza?

PARIS.—¡Vamos, Héctor! Conoces a las mujeres tanto como yo. No admiten que sea más que a la fuerza. Pero, desde luego, encantadas.

HECTOR.—¿Te la llevaste a caballo dejando bajo sus ventanas el montón de estiércol que acostumbra a ser el rastro de los seductores?

PARIS.—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

HECTOR.—Efectivamente. Y por una vez procura que tus respuestas sean precisas. ¿Has insultado el hogar conyugal? ¿Has ofendido a la tierra griega?

PARIS.—El mar griego quizá... Se estaba bañando.

CASANDRA.—¡Oh! ¡Ha nacido de la espuma! ¡La frialdad nacida de la espuma, como Venus!

HECTOR.—¿Has cubierto los muros del palacio de inscripciones y dibujos insultantes como siempre? ¿Has lanzado al eco el calificativo que todos deben repetir en este momento al marido engañado?

PARIS.—No. Menelao estaba desnudo en la ribera ocupado en arrancarse un cangrejo de un dedo del pie. Ha visto desaparecer mi canoa como si el viento se llevase sus vestidos.

HECTOR.—¿Tenía aspecto furioso?

PARIS.—La cara de un rey mordido por un cangrejo no ha expresado jamás la dicha.

HECTOR.—¿No había otros testigos?

PARIS.—Mis marineros.

HECTOR.—Perfecto.

PARIS.—¿Por qué perfecto? ¿Adónde vas a parar?

HECTOR.—Digo perfecto porque no has cometido nada irremediable. Dado que ella estaba desnuda no ha sido ofendido uno solo de sus vestidos ni de sus objetos personales. Sólo el cuerpo ha sido mancillado. No tiene importancia. Conozco bastante a los griegos para saber que acabarán inventando una aventura de los dioses —a su mayor honra, claro— con la historia de una pequeña reina que desaparece en el mar y vuelve a los pocos meses con el más inocente de los rostros.

CASANDRA.—Respondemos del rostro.

PARIS.—Pero, ¿es que crees que voy a devolver Elena a Menelao?

HECTOR.—No te pedimos tanto nosotros; ni él. Se cuidará de todo el enviado griego, que la dejará en el mar como si la replantara en el mismo lugar. Se la devolverás esta tarde.

PARIS.—No sé si te das cuenta de la monstruosidad que cometes pensando que un hombre que tiene ante sí una noche con Elena acepte renunciar a ella.

CASANDRA.—Te queda una siesta con Elena. Resulta incluso más griego.

HECTOR.—No insistas, te conocemos. No es la primera separación que aceptas.

PARIS.—Querido Héctor. Tienes razón. Hasta ahora he aceptado siempre muy a gusto las separaciones porque el alejarse de una mujer, por muy amada que haya sido, tiene un agridulce que saboreo mejor que nadie. El primer paseo a solas por la calle de la ciudad emergiendo del último abrazo, la visión de la fresca cara de una costurera tras la marcha de la amante con la nariz enrojecida por los llantos, la primera risa de una lavandera o de la frutera tras los adioses enronquecidos por la desesperación, constituyen una felicidad por la que sacrifico a gusto las anteriores... Os falta un solo ser y el universo se ha vuelto a llenar de ellos... Han nacido de nuevo todas las mujeres, todas están a nuestro alcance y eso protegidos por la libertad, la dignidad y la paz de nuestra conciencia... Sí, tienes razón, el amor tiene momentos verdaderamente felices: el de las rupturas... Así, pues, yo no me separaré jamás de Elena

porque con ella tengo la impresión de haber roto con todas las demás mujeres y tengo mil libertades y mil fidelidades en lugar de una.

HECTOR.—Porque ella no te quiere. Todo lo que dices me lo está probando.

PARIS.—Es posible. Pero prefiero la manera que tiene Elena de no amarme a las pasiones de todas las demás mujeres.

HECTOR.—Lo siento muchísimo. Pero la devolverás.

PARIS.—Tú no eres el amo.

HECTOR.—Soy tu hermano mayor y el futuro amo.

PARIS.—Manda en el futuro entonces. Por ahora obedeceré sólo a nuestro padre.

HECTOR.—No te pido más. ¿Estás de acuerdo en aceptar la decisión de Priamo?

PARIS.—Totalmente de acuerdo.

HECTOR.—¿Lo juras? ¿Lo juramos los dos?

CASANDRA.—¡No te fíes, Héctor! Priamo está loco por Elena. Antes daría sus hijas.

HECTOR.—¿Qué estás diciendo?

PARIS.—Por una vez que trata del presente y no del porvenir tiene razón.

CASANDRA.—¡Y nuestros hermanos, tíos y tíos abuelos! La guardia de honor de Elena reúne a todos los ancianos. Mira. Es la hora de su paseo... Fíjate en todas esas cabezas blancas en las almenas...

HECTOR.—Un espectáculo precioso. Las barbas blancas y las caras coloradas.

CASANDRA.—Sí, es la congestión. Deberían estar en la puerta de Escamandra por donde entran nuestras tropas y la victoria. No; están en las Puertas Esceas por donde sale Elena.

HECTOR.—¡Mírales ahora! Se inclinan de golpe como las cigüeñas cuando pasa un ratón.
CASANDRA.—La que pasa es Elena.
PARIS.—¿Ah, sí?
(Va hacia ellos.)
CASANDRA.—Está de pie en la segunda terraza. Se arregla la sandalia procurando cruzar las piernas.
HECTOR.—Increíble. Todos los viejos de Troya están allí, mirándola desde arriba.
CASANDRA.—No. Los maliciosos la miran desde abajo.
GRITOS.—¡Viva la belleza!
HECTOR.—¿Qué gritan?
PARIS.—¡Viva la belleza!
CASANDRA.—Soy de su opinión. Que se mueran pronto.
GRITOS.—¡Viva Venus!
HECTOR.—¿Y ahora?
CASANDRA.—¡Viva Venus...! Como les faltan los dientes sólo dicen frases sin "r". ¡Viva la belleza! ¡Viva Venus! ¡Viva Elena! Creen proferir gritos, pero no hacen más que exagerar los gruñidos habituales.
HECTOR.—¿Y qué pinta Venus en este asunto?
CASANDRA.—Han imaginado que ha sido Venus la que nos ha dado a Elena para recompensar a Paris de haberle concedido la famosa manzana.
HECTOR.—¡Buen golpe, aquel!
PARIS.—¡Y eso que tú eres el mayor!

ESCENA V

(Dichos. VIEJO 1.º *y* VIEJO 2.º)

VIEJO. II.º—Desde abajo la vemos muy bien.

VIEJO 2.°—¿Y cómo la hemos visto hoy?
VIEJO 1.°—Pero desde aquí ella nos oye mejor... ¡Vamos! ¡Uno, dos, tres!
LOS DOS.—¡Viva Elena!
VIEJO 2.°—A nuestra edad resulta un poco fatigoso bajar y subir constantemente por escaleras empinadas, según queramos verla o aclamarla.
VIEJO 1.°—¿Quieres que alternemos? Un día la contemplamos y al siguiente la vitoreamos.
VIEJO 2.°—¿Estás loco? ¿Un día entero sin contemplarla? Recuerda lo que hemos visto hoy. ¡Hala! Uno, dos, tres.
LOS DOS.—¡Viva Elena!
VIEJO II.°—¡Y ahora abajo!

(Salen corriendo.)

CASANDRA.—Ahí los tienes, Héctor. Me pregunto cómo pueden resistir unos pulmones tan apurados.
HECTOR.—Nuestro padre no puede ser así.
PARIS.—Oye, Héctor, antes de que discutamos ante él, ¿no podrías echar una ojeada a Elena?
HECTOR.—Elena me importa un pepino. Mis saludos, padre...

ESCENA VI

PRIAMO.—¿Decías, hijo mío?
HECTOR.—Decía, padre, que debemos precipitarnos a cerrar las puertas de la guerra, a echarles el cerrojo, a encadenarlas para que ni un mosquito pueda pasar entre las dos batientes.
PRIAMO.—Tu frase me había parecido más corta.
DEMOKOS.—Ha dicho que Elena le importa un pepino.

PRIAMO.—Asómate. (HECTOR *lo hace.)* ¿La ves?
HECUBA.—Pues claro que la ve. No sé cómo podría evitarlo... Sigue el camino de ronda...
DEMOKOS.—La ronda de la belleza.
PRIAMO.—¿La ves?
HECTOR.—Sí. ¿Y qué?
DEMOKOS.—Príamo te pregunta lo que ves.
HECTOR.—Veo una joven que se ajusta la sandalia.
CASANDRA.—Dedica siempre mucho tiempo a eso de ajustarse la sandalia.
PARIS.—La rapté desnuda y sin vestuario. Esas sandalias son tuyas y la están grandes.
HECTOR.—También veo unas formas atractivas.
HECUBA.—En fin, que ve lo que veis todos.
PRIAMO.—¡Pobre hijo mío!
HECTOR.—¿Qué?
DEMOKOS.—Príamo te ha dicho: pobre hijo mío.
PRIAMO.—Sí; yo no sabía que la juventud de Troya hubiese llegado a ese punto.
HECTOR.—¿A qué punto?
PRIAMO.—A la ignorancia de la belleza.
DEMOKOS.—Y, por consiguiente, a la ignorancia del amor. ¡Ah! ¡Realismo! Nosotros, los poetas, llamamos a eso realismo.
HECTOR.—Y la ancianidad de Troya, en cambio, ¿comprende la belleza y el amor?...
HECUBA.—Es lógico. Los que comprenden la belleza y el amor son los que ya no tienen que ver con ninguna de las dos cosas.
HECTOR.—La belleza es una cosa muy corriente, padre. No quiero aludir a Elena, pero se la encuentra en todas las calles.
PRIAMO.—Héctor, no hables así. A ti mismo, viendo

una mujer, te habrá ocurrido muchas veces la idea de que no se trataba de un ser femenino cualquiera, sino que todo un caudal de ideas y sentimientos había invadido su carne adquiriendo su esplendor.

DEMOKOS.—De la misma manera que el rubí representa la sangre.

HECTOR.—Para los que no han visto la sangre real. Y yo vuelvo de verla.

DEMOKOS.—¡Se trata de un símbolo! Supongo que, aun siendo un rudo guerrero, habrás oído hablar de símbolos. ¿No has topado nunca con mujeres que, aun vistas de lejos, parecían personificar la inteligencia, la armonía, la dulzura?

HECTOR.—Muchas veces.

DEMOKOS.—Y ¿qué hacías?

HECTOR.—Me acercaba a ellas y el símbolo desaparecía. Y ¿qué es lo que simboliza esa muchacha?

DEMOKOS.—Te lo hemos dicho. La belleza.

HECUBA.—Pues devolvedla pronto a los griegos si queréis que el símbolo dure mucho tiempo. Es una rubia.

DEMOKOS.—Es imposible hablar con mujeres.

HECUBA.—¡Pues no habléis de mujeres! En todo caso, no sois galantes ni patriotas. Todos los pueblos buscan un símbolo entre las mujeres propias, tanto si son chatas como hocicudas. Sólo a vosotros se os ocurre ir a buscarla a otro país.

HECTOR.—Padre, mis compañeros y yo volvemos cansados. Hemos pacificado el continente para siempre. Nuestro deseo es vivir tranquilos para que nuestras mujeres puedan querernos sin angustias y den a luz sus hijos.

DEMOKOS.—Muy discreto. Pero la guerra no ha impedido jamás que nazcan niños.

HECTOR.—Dime: ¿por qué encontramos a la ciudad tan revuelta sólo a causa de Elena? ¿Qué ha podido traernos esa mujer que valga una pelea con los griegos?

AGRIMENSOR.—Todos pueden contestar esa pregunta. Yo mismo, por ejemplo.

HECUBA.—Vaya... ya está aquí el Agrimensor.

AGRIMENSOR.—¡Sí, el Agrimensor! Y no creáis que los agrimensores no deban ocuparse de las mujeres. Porque ellos son los que miden también vuestra apariencia y no sabéis lo que sufren cuando ven demasiada grasa en vuestra pierna o una verruga en vuestra nuca... Y los agrimensores hasta este momento no estaban satisfechos con el paisaje que rodea a Troya. La línea que une la llanura a las colinas les parecía blanda; la que junta colinas y montañas se les antojaba demasiado dura. Pues bien, desde que Elena está aquí, el paisaje ha adquirido un sentido y una firmeza. Y, lo que resulta más emocionante para los verdaderos agrimensores, queda en el espacio y volumen una sola medida, la de Elena. Se han terminado los metros, los gramos y las leguas. No queda más que el paso de Elena, el codo de Elena, el alcance de la mirada o de la voz de Elena y el aire de su caminar es la medida de los vientos. Ella es nuestro barómetro. He aquí lo que te dicen los agrimensores.

HECUBA.—Pues no está llorando el muy imbécil...

PRIAMO.—Mi querido hijo. Mira esa muchedumbre sólo por unos momentos y comprenderás que

Elena representa para todos una especie de absolución. Porque prueba a todos esos viejos que ves allí al acecho y que han visto crecer sus cabellos blancos en esta ciudad, al que ha robado, al que trafica con mujeres, al que equivocó su vida, que en el fondo de sí mismos tenían una reivindicación secreta: la belleza. Si la belleza hubiera estado cerca de ellos como lo está hoy Elena, no habrían robado a sus amigos, vendido a sus hijas o bebido su hacienda. Elena es su perdón, su desquite y su porvenir.

HECTOR.—El porvenir de los ancianos me deja totalmente indiferente.

DEMOKOS.—Héctor, yo soy poeta y juzgo en poeta. ¿Puedes imaginar un vocabulario que no sea rozado por la belleza? ¿Qué haríamos sin la palabra "delicia"?

HECTOR.—Viviríamos sin ella. Yo ya no la uso más que cuando estoy muy obligado.

DEMOKOS.—¡Ah! ¿También dejarías de usar la palabra "placer"?

HECTOR.—Si para adquirirlo hay que pagar el precio de una guerra, viviría sin esa palabra.

DEMOKOS.—Has pagado con la guerra la más bella de las palabras: el "valor".

HECTOR.—Es un precio excesivo.

HECUBA.—Probablemente la palabra "cobardía" habrá sido encontrada en la misma ocasión.

PRIAMO.—Hijo mío, ¿por qué te esfuerzas en no comprendernos?

HECTOR.—Os comprendo perfectamente. ¿Pretendéis hacernos creer que luchamos por la belleza cuando lo hacemos por una mujer?

PRIAMO.—¿Tú no harías la guerra por ninguna mujer?

HECTOR.—Naturalmente que no.

HECUBA.—Y tendría toda la razón.

CASANDRA.—Si no hubiese más que una, quizá. Pero esa cifra ha sido superada desde hace mucho tiempo.

DEMOKOS.—¿No irías a la guerra para rescatar a Andrómaca?

HECTOR.—Andrómaca y yo hemos convenido ya los medios secretos para escapar de la prisión y reunirnos.

DEMOKOS.—¿Para reuniros aunque no hubiera esperanza?

ANDROMACA.—También.

HECUBA.—Has hecho bien en desenmascararles, Héctor. Quieren hacer la guerra por una mujer. Es la única forma que les queda de amar.

PRIAMO.—Hijas mías, vuestra revuelta prueba que tenemos razón; ¡qué gran generosidad la vuestra, que os impulsa a batiros en este momento por la paz, por esa paz que os dará maridos vagos, desocupados y errantes, mientras la guerra haría de ellos unos auténticos hombres!

DEMOKOS.—Y héroes.

HECUBA.—Conocemos el vocabulario. El hombre, en tiempo de guerra, se llama héroe. No hace falta que sea valiente e incluso puede salir corriendo del campo de batalla. Seguirá siendo un héroe que se larga a toda prisa.

ANDROMACA.—Padre mío, os lo ruego. Si de verdad nos tenéis ese afecto, escuchad lo que todas las mujeres del mundo os dicen por mi boca: de-

jadnos a nuestros maridos tales como son. Para que conserven su agilidad y su valor, los dioses han creado a su alrededor una cantidad innumerable de pruebas vivas o inertes. La tempestad, por ejemplo. O los animales feroces. Mientras haya lobos, elefantes, osos, el hombre no necesitará del hombre para adversario. Todos esos grandes pájaros que vuelan a nuestro alrededor, adiestran mejor su vista que el corazón del enemigo protegido por su coraza. Cada vez que he visto desplomarse al ciervo o al águila, les he dado las gracias. Porque morían por Héctor. ¿Por qué queréis que deba Héctor a la muerte de otros hombres?

PRIAMO.—Yo no lo quiero, hija mía. Pero, ¿sabéis por qué existís, sabéis por qué sois tan bellas y valientes? Porque vuestros maridos, padres, antepasados, fueron guerreros. Si hubieran sido débiles con las armas, si no hubiesen sabido que esa ocupación apagada y estúpida que es la vida se justifica y se ilumina de pronto por el desprecio que los hombres hacen de ella, seríais vosotras las cobardes y reclamaríais la guerra. No hay más que una forma de hacerse inmortal en la tierra: olvidar que se puede morir.

ANDROMACA.—Pero, padre, tú sabes bien que los que mueren en la guerra son precisamente los valientes. Para no ser alcanzado hace falta mucha suerte o una gran habilidad. Hace falta haber agachado la cabeza o doblado la rodilla al menos una vez ante el peligro. Los soldados que desfilan bajo los arcos de triunfo son los que han desertado de la

muerte. ¿Cómo puede aumentar un país su honor y su fuerza al perder ambos?

PRIAMO.—Hija mía, la primera cobardía es la primera arruga en la cara de un pueblo.

ANDROMACA.—¿Cuál es la peor cobardía? ¿Parecer cobarde ante los demás y asegurar la paz? ¿O aparecer cobarde ante uno mismo y provocar la guerra?

DEMOKOS.—La cobardía consiste en no preferir la muerte por la patria a todas las demás muertes.

HECUBA.—Ya me extrañaba a mí la ausencia de la poesía. No pierde una.

ANDROMACA.—Pero ¡si se muere siempre por la patria! Cuando se ha vivido en ella con dignidad, trabajo, sensatez, se muere también por ella. Los que cayeron por la violencia no están tranquilos bajo la tierra, Príamo. No se funden jamás con ella, no se convierten jamás en terrón ni en su carne. Cuando sale a la superficie un esqueleto humano, hay siempre una espada cerca de él. Es un hueso estéril. Es un guerrero.

HECUBA.—O que sean los viejos los únicos que vayan a la guerra. Porque todo país es país de juventud y muere cuando muere esa juventud.

DEMOKOS.—Me cansáis con tanto elogio a la juventud. Dentro de treinta años será la vejez.

HECUBA.—¡Qué error! Cuando el hombre llega a los cuarenta años es sustituído por un anciano. Entre los dos no hay más que una relación aparente, porque nada del primero se mantiene en el segundo.

DEMOKOS.—El cuidado de mi gloria se ha mantenido, Hécuba.

HECUBA.—Es cierto. Y tu reumatismo.

(Risas entre las criadas.)

HECTOR.—¿Y tú escuchas todo sin decir una palabra, Paris? ¿Y no se te ocurre la idea de renunciar a una aventura para salvarnos de años de discordia y matanza?

PARIS.—¿Qué quieres que yo le haga? Mi caso es internacional.

HECTOR.—Paris, ¿de verdad quieres a Elena?

CASANDRA.—Si ya son el símbolo del amor. No les hace falta quererse.

PARIS—Adoro a Elena.

CASANDRA.—*(En la muralla.)* Ahí viene.

HECTOR.—Si la convenzo para que se marche, ¿aceptas, Paris?

PARIS.—Lo acepto.

HECTOR.—Padre, si Elena consiente en volver a Grecia, ¿la retendrás contra su voluntad?

PRIAMO.—¿Para qué imaginar lo imposible?

PARIS.—Padre, te lo suplico... Ya las estás oyendo. Esta tribu real, desde que se empieza a hablar de Elena, se convierte en una reunión de suegras, suegros y cuñadas dignos de la mejor burguesía. En una familia numerosa el puesto más humillante y ridículo es el de hijo seductor. Estoy harto de sus insinuaciones y acepto el desafío de Héctor.

DEMOKOS.—Elena no es sola tuya, Paris. Pertenece a la ciudad y a la nación.

AGRIMENSOR.—Pertenece al paisaje.

HECUBA.—Cállate, Agrimensor.

HECTOR.—Padre, por favor. Déjame esta última posibilidad. ¿Oís? Se nos convoca para la ceremo-

nia. Dejadme con ella y en seguida estoy con vosotros.

PRIAMO.—De verdad, Paris, ¿aceptas?

PARIS—Sí, padre.

PRIAMO.—De acuerdo, entonces. Venid, hijos míos. Vamos a preparar las puertas de la guerra.

CASANDRA.—Pobres puertas. Hace falta más aceite para cerrarlas que para abrirlas.

(Salen todos con PRIAMO. DEMOKOS *se retrasa.)*

HECTOR.—Y tú, ¿qué esperas?

DEMOKOS.—Caer en trance.

HECTOR.—¿Cómo?

DEMOKOS.—Cada vez que Elena aparece, la inspiración se apodera de mí. Deliro, babeo y, por fin, improviso. Cielos, aquí viene...

Oh, bella Elena, Elena de Esparta,
de cuello dulce y gran belleza,
los cielos no quieran que partas
hacia Menelao de cabeza.

HECTOR.—Esos finales de verso bastan a romper los oídos del oyente.

DEMOKOS.—Es un sistema nuevo. Obtengo resultados todavía más brillantes. Escucha:

Ante Héctor llega sin temor,
es la gloria y el terror de Escamandra;
tú aciertas y él está en el error
porque él es duro y tú eres blanda.

HECTOR.—¡Márchate!

DEMOKOS.—¿Por qué me miras así? Pareces detestar tanto la poesía como la guerra.

HECTOR.—Son hermanas. ¡Vete!

CASANDRA.—¡Elena!

ESCENA VII

(HECTOR, PARIS, ELENA.)

PARIS.—Querida Elena. Te presento a Héctor. Tiene algunos proyectos que te afectan; unos proyectos muy simples. Quiere devolverte a los griegos y probarte que no me quieres... Dime que no es cierto... dime lo que piensas.

ELENA.—Te adoro, amor mío.

PARIS.—Dime lo bella que era la ola que te arrebató de Grecia.

ELENA.—¡Oh, era magnífica! Una ola... pero, ¿de qué ola hablas? El mar estaba en calma...

PARIS.—Dime que odias a Menelao.

ELENA.—¿Menelao? Le odio.

PARIS.—No has terminado todavía: "No volveré jamás a Grecia." Repítelo.

ELENA.—No volverás jamás a Grecia.

PARIS.—No, no... se trata de ti.

ELENA.—Es verdad... qué tonta soy. No volveré jamás a Grecia.

PARIS.—Como ves, no la obligo a nada... Ahora te toca a ti. *(Sale.)*

ESCENA VIII

HECTOR.—¿Qué tal es Grecia? ¿Bella?

ELENA.—Paris así lo cree.

HECTOR.—Lo que yo preguntaba es si Grecia sigue siendo bella sin Elena.

ELENA.—Gracias, en nombre de Elena.

HECTOR. En fin, ya que hablamos de ella, ¿cómo es?

ELENA.—Pues... con muchos reyes y cabras desperdigados por el mármol.

HECTOR.—Si los reyes son dorados y las cabras de vellón sedoso, debe ser bonito a la salida del sol.

ELENA.—No sé. Me levanto tarde.

HECTOR.—Hay muchos dioses también, ¿verdad? Paris dice que el cielo regurgita de ellos; que hasta cuelgan piernas de diosas.

ELENA.—Paris camina siempre mirando hacia arriba, puede ser que las haya visto.

HECTOR.—¿Tú no?

ELENA.—No sirvo para eso. No podría ver un pez en el mar. Cuando vuelva, me fijaré.

HECTOR.—Acabas de decir a Paris que no volverías jamás.

ELENA.—Porque ha pedido que lo dijera. Me encanta obedecer a Paris.

HECTOR.—Ya. Igual, entonces, que en el caso de Menelao. No le odias, ¿verdad?

ELENA.—¿Por qué iba a odiarle?

HECTOR.—Por la única razón que obliga a odiar a alguien. Por verle demasiado.

ELENA.—¿A Menelao? ¡Oh, no! Yo no sé lo que es ver a Menelao, lo que se llama verle bien. Al contrario.

HECTOR.—¿Y eso siendo tu marido?

ELENA.—Entre los objetos y los seres hay algunos que tienen color, y ésos son los que puedo ver distintamente. No he podido ver jamás a Menelao.

HECTOR.—Y, sin embargo, lo habrás tenido bien cerca.

ELENA.—He podido tocarlo, pero no puedo decir que lo haya visto.

HECTOR.—Según dicen, no te dejaba ni a sol ni a sombra.

ELENA.—Seguramente le he cruzado mil veces sin percibirle.
HECTOR.—Y a Paris, en cambio, sí le has visto.
ELENA.—Sí. Destacándose contra el cielo y la tierra.
HECTOR.—Sigue haciéndolo. ¡Mira! Allí, apoyado en la muralla.
ELENA.—¿Estás seguro de que es Paris?
HECTOR.—Es Paris; te está esperando.
ELENA.—¡Qué curioso! Se le ve mucho menos claro.
HECTOR.—Y, sin embargo, el muro tiene la cal todavía fresca. ¡Mira, ahora está de perfil!
ELENA.—Es extraño... los que os esperan se destacan menos que los que una espera.
HECTOR.—¿Estás segura de que Paris te quiere?
ELENA.—No me gusta demasiado conocer los sentimientos ajenos; no hay nada más incómodo. Ocurre como cuando uno ve las cartas del adversario en el juego... Seguro que se pierde.
HECTOR.—Y tú, ¿le quieres?
ELENA.—Tampoco me gusta nada conocer mis propios sentimientos.
HECTOR.—Cuando estás en los brazos de Paris, rodeada por sus brazos, colmada de su amor, ¿no tienes ninguna idea?
ELENA.—Para entonces mi misión ha terminado; en mi lugar piensa el universo, que lo hace mejor que yo.
HECTOR.—Pero el placer debe unirte a alguien, a otros o a ti misma.
ELENA.—Conozco, sobre todo, el placer ajeno... Me aleja de los dos.
HECTOR.—¿Ha habido muchos otros antes de Paris?
ELENA.—Algunos.

HECTOR.—Y después de Paris habrá, seguramente, otros, ¿verdad? Bastará para ello que se destaquen sobre el horizonte o sobre la sábana. Exactamente lo que me imaginaba. Tú no quieres a Paris, Elena. Tú quieres a los hombres.

ELENA.—No les odio. Es agradable verles frotar contra mí, como jabones gigantes. Una se siente tan limpia...

HECTOR.—¡Casandra!

ESCENA IX

CASANDRA.—¿Qué ocurre?

HECTOR.—Es gracioso. Las adivinas preguntando...

CASANDRA.—¿Por qué me llamas?

HECTOR.—Casandra, Elena se vuelve esta noche con el enviado griego.

ELENA.—¿Yo? ¿Qué estás diciendo?

HECTOR.—¿No acabas de decir que no quieres sólo a Paris?

ELENA.—Es una interpretación tuya; pero, en fin, si lo quieres así...

HECTOR.—Y entre ese retorno a Grecia, que no te desagrada, y una catástrofe tan horrible como la guerra, ¿podrías dudar?

ELENA.—No me comprendes en absoluto, Héctor. Yo no dudo en la elección. Sería demasiado fácil decir, yo hago esto o lo otro, para que se hiciera. Has descubierto que soy débil y estás muy satisfecho. El hombre que descubre la debilidad de una mujer es como el cazador que a mediodía encuentra una fuente. Bebe de ella. Pero no vayas a creer que porque hayas convencido a la más

débil de las mujeres convenzas también al futuro. Al destino no se le fuerza engañando a niños...

HECTOR.—Las sutilidades y matices griegos se me escapan.

ELENA.—No se trata de sutilidades ni matices, ¡cuánto menos de monstruos o pirámides!

HECTOR.—Eliges marcharte, ¿sí o no?

ELENA.—No me fuerces a tomar una decisión... escojo los acontecimientos como a los objetos y a los hombres. Escojo los que no son sombras, escojo los que puedo ver.

HECTOR.—Ya sé. Lo has dicho antes. Los que ves iluminados. ¿Y no te ves volviendo al palacio de Menelao dentro de unos días?

ELENA.—No.

HECTOR.—Para el momento de la vuelta podemos vestir a tu marido de colores brillantes.

ELENA.—La púrpura de todas las conchas marinas no conseguiría hacerlo visible a mis ojos.

HECTOR.—Tienes una competidora, Casandra. También lee el futuro.

ELENA.—No leo el futuro. Pero en él veo las escenas coloreadas y otras oscuras. Y hasta ahora han ocurrido sólo las que antes viera en color.

HECTOR.—Te devolveremos a los griegos al mediodía sobre la arena cegadora, entre el mar violáceo y el muro ocre. Llevaremos todos coraza de oro con faldón rojo y entre mi garañón blanco y la yegua negra de Príamo mis hermanas, vestidas con túnica verde, te entregarán desnuda al embajador griego, del cual puedo adivinar el penacho de plumas azules por encima de su casco de plata. Supongo que podrás ver todo esto.

ELENA.—Nada. Todo sombrío.

HECTOR.—Te burlas de mí. ¿Verdad?

ELENA.—¿Por qué iba a burlarme? Vamos, como quieras. Preparemos mi entrega a los griegos, ya veremos lo que ocurre.

HECTOR.—¿Te das cuenta de que estás insultando a la Humanidad o es pura inconsciencia?

ELENA.—¿A quién estoy insultando?

HECTOR.—¿Te das cuenta de que ese álbum de cromos es la burla del mundo? Mientras todos estamos aquí luchando y sacrificándonos para conseguir una hora nuestra, tú te quedas ojeando los grabados de la eternidad. ¿Qué te pasa ahora...? ¿Qué imagen están viendo esos ojos ciegos? Seguramente a la que te coloca en esta misma almena contemplando la muralla. ¿Ves la muralla?

ELENA.—Sí.

HECTOR.—Y la ciudad se hunde y arde, ¿verdad?

ELENA.—Sí. Está al rojo vivo.

HECTOR.—Y Paris. ¿Ves el cadáver de Paris arrastrado por un carro?

ELENA.—¡Ah! ¿Crees que es Paris? Veo, efectivamente, un trozo de aurora que rueda por el polvo. En su mano brilla un diamante... Sí... Reconozco mal las caras, pero nunca olvido una joya. Es su anillo.

HECTOR.—Muy bien. No me atrevo a preguntarte sobre Andrómaca y yo, sobre el grupo de Andrómaca y Héctor. ¿Cómo los ves? ¿Felices, envejecidos?

ELENA.—No intento verlo.

HECTOR.—Y el grupo de Andrómaca llorando sobre el cadáver de Héctor, ése, ¿reluce?

ELENA.—Es que... puede ser que vea una cosa muy brillante y que luego no ocurra. Nadie es infalible.

HECTOR.—No insistas; comprendo... Entre esa madre llorando y el padre tendido en el suelo, ¿ves a un niño?

ELENA.—Sí... Juega con los cabellos revueltos del padre. Es encantador.

HECTOR.—¿Están en el fondo de tus ojos esas escenas? ¿Puedo verlas?

ELENA.—No sé. Mira.

HECTOR.—No queda nada. Sólo la ceniza de todos los incendios, esmeralda y oro en polvo. ¡Qué pura es la pupila del mundo! Y posiblemente no la lavan los llantos. ¿Llorarías si alguien quisiese matarte, Elena?

ELENA.—No lo sé. Pero sí sé que gritaría. Y siento que lo voy a hacer si sigues mirándome así, Hector. Voy a gritar.

HECTOR.—Esta noche volverás a Grecia, Elena. O te mato.

ELENA.—Pero si quiero partir, si estoy decidida... Sólo repito que no puedo distinguir nada del barco que va a llevarme. No veo brillar el hierro del palo de mesana, el anillo del capitán ni el blanco del ojo del grumete.

HECTOR.—Volverás bajo un cielo gris, sobre un mar gris. Pero nos hace falta la paz.

ELENA.—No la veo.

HECTOR.—Pide a Casandra que te la muestre. Es hechicera y evoca formas y genios.

MENSAJERO.—*(Entrando.)* Héctor. Príamo te reclama. Los sacerdotes se oponen a que se cierren las

puertas de la guerra. Sostienen que los dioses lo considerarían un insulto.

HECTOR.—Es curioso cómo los dioses se abstienen de hablar por sí mismos en los casos difíciles.

MENSAJERO.—Hoy lo han hecho. Ha caído un rayo sobre el templo y las entrañas de la víctima claman contra la devolución de Elena.

HECTOR.—Me encantaría poder examinar las entrañas de los sacerdotes. Ahora mismo voy. *(Sale el* MENSAJERO.) Entonces, ¿estás de acuerdo, Elena?

ELENA.—Sí.

HECTOR.—¿Dirás desde ahora lo que te diga? ¿Harás lo que te mande?

ELENA.—Sí.

HECTOR.—Y delante de Ulises, en lugar de contradecirme, ¿asentirás a mis palabras?

ELENA.—Sí.

HECTOR.—Escúchala, Casandra, escucha a ese bloque de negaciones contestarme que sí. Todos han cedido. Paris ha cedido, Príamo ha cedido y Elena me cede. Y, sin embargo, yo siento que en cada una de esas victorias aparentes he perdido mi batalla. Uno cree luchar contra gigantes y cuando va a derribarles nota que lucha contra algo inflexible: el brillo en la retina de una mujer. Aun entregándote, Elena, sigues siendo la proa de una obstinación que se burla de mis esfuerzos.

ELENA.—Es posible, pero no puedo evitarlo. Esa obstinación no es la mía.

HECTOR.—¿Por qué capricho ha ido el mundo a poner su espejo en esa cabeza a pájaros?

ELENA.—Es una pena, realmente. Pero, ¿conoces

algún medio de vencer la obstinación de los espejos?

HECTOR.—Sí. Estaba pensando en ello...

ELENA.—Aunque se rompan, lo que reflejaban no desaparece...

HECTOR.—Ese es todo el problema.

MENSAJERO.—*(Entrando.)* ¡Héctor, apresúrate! En la playa empieza la revuelta. Los navíos de Grecia están a la vista y en lugar de izar el pabellón en la escota, lo han hecho en el palo mayor. El honor de nuestra Marina está en juego y Príamo teme que maten al enviado griego cuando desembarque.

HECTOR.—Te confío a Elena, Casandra; te comunicaré mis órdenes más tarde.

(Salen HECTOR *y* MENSAJERO.)

ESCENA X

(CASANDRA, ELENA)

CASANDRA.—Yo no veo nada esté en color o en oscuro. Pero los seres pesan sobre mí por su proximidad y en la angustia de mis venas siento su destino.

ELENA.—En mis escenas iluminadas veo algunas veces un detalle que brilla más que los otros. No se lo he dicho a Héctor, pero ese brillo está en el cuello de su hijo, el rincón del cuello donde bate la arteria.

CASANDRA.—Yo soy como un ciego que anda tentando, pero lo hago en el centro de la verdad. Los demás ven y ven la mentira. Yo siento la verdad.

ELENA.—Nuestra ventaja es que nuestras visiones se confunden con nuestro futuro y el porvenir con

el pasado. Uno se hace menos sensible... ¿Es cierto que eres hechicera y puedes evocar la paz?

CASANDRA.—¿La paz? Muy fácil. Está como una mendiga detrás de todas las puertas. Ahí la tienes.

(Aparece LA PAZ.)

ELENA.—¡Oh, qué bonita!

LA PAZ.—¡Socorro, Elena, ayúdame!

ELENA.—Qué pálida está...

LA PAZ.—¿Yo pálida? ¿No ves el oro de mis cabellos?

ELENA.—Es verdad. ¡Oro gris, qué novedad!

LA PAZ.—Gris, ¿que mi oro es gris?

(Desaparece.)

ELENA.—¿Adónde ha ido?

CASANDRA.—Yo creo que a pintarse un poco.

(LA PAZ *aparece exageradamente pintada.)*

LA PAZ.—Y ahora, ¿qué tal?

ELENA.—Te veo cada vez menos.

LA PAZ.—¿Por qué?

CASANDRA.—Elena ya no puede verte.

LA PAZ.—Pero tú sí me ves, ya que me hablas.

CASANDRA.—Yo hablo a lo invisible.

LA PAZ.—¿Qué ocurre? ¿Por qué gritan esos hombres en la playa?

CASANDRA.—Parece que están en juego sus dioses y su honor.

LA PAZ.—¿Sus dioses? ¿Su honor?

CASANDRA.—Sí, amiga mía. ¡Porque tú estás enferma!

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO

Plaza cerrada del palacio. Se ve el mar por los extremos del foro. En el centro, un monumento: las puertas de la guerra, que están abiertas.

ESCENA I

(ELENA y TROILO.)

ELENA.—¡Oye! Sí, a ti te llamo... ¡Acércate!
TROILO.—No quiero.
ELENA.—¿Cómo te llamas?
TROILO.—Troilo.
ELENA.—¡Acércate!
TROILO.—No.
ELENA.—¡Que te acerques, Troilo! (TROILO *lo hace.)* Vaya, por fin. Sólo obedeces cuando te llaman por tu nombre, ¿eh? De todas maneras es simpático. ¿Sabes que eres el primer hombre que me obliga a gritar para llamarle? Normalmente están tan pegados a mí que no tengo más que mover los labios. He gritado a las gaviotas, a las ciervas, al eco, pero jamás a un hombre... ¿Qué tienes? ¿Estás temblando?
TROILO.—Yo no tiemblo.
ELENA.—Sí, Troilo, estás temblando.
TROILO.—Sí.
ELENA.—¿Por qué vas siempre detrás de mí? Cuando camino con el sol a mi espalda y me detengo de

pronto, la cabeza de tu sombra choca con mis pies y allí se detiene. Dime lo que quieres...

TROILO.—Nada.

ELENA.—¡Dime lo que quieres, Troilo!

TROILO.—Todo. ¡Lo quiero todo!

ELENA.—Hablas como un hombre ya hecho y derecho. Lo que quieres es besarme, ¿verdad?

TROILO.—¡No!

ELENA.—Quieres besarme, ¿no es verdad, pequeño Troilo?

TROILO.—Si lo hiciera me mataría después.

ELENA.—Acércate más... ¿Qué edad tienes?

TROILO.—Quince años, ¡maldita sea!

ELENA.—Me gusta lo de ¡maldita sea! ¿Has besado ya a alguna chica?

TROILO.—Las detesto.

ELENA.—Pero, ¿has besado a alguna?

TROILO.—Todas se dejan besar. Daría mi vida por no haber besado a ninguna.

ELENA.—Pareces disponer de un número considerable de vidas. Pero, ¿por qué no me lo has dicho francamente? ¡Elena, quiero besarte! No veo que haya ningún mal en ello. Anda, bésame.

TROILO.—Nunca.

ELENA.—Al caer el día, cuando me siento en las almenas para ver el crepúsculo cayendo sobre las islas, tú habrías llegado despacio, cogiendo mi cabeza con tus manos, convirtiéndola de dorada en sombría y me habrías besado. Yo hubiera estado tan contenta... Mira, el pequeño Troilo me besa... Bésame...

TROILO.—No.

ELENA.—Comprendo. Si me besaras me odiarías después.

TROILO.—¡Qué suerte tienen los hombres! Pueden decir lo que piensan.

ELENA.—¡Tú no lo dices tan mal!

ESCENA II

(Dichos y PARIS.)

PARIS.—No te fíes, Elena. Troilo es peligroso.

ELENA.—¡Al contrario! Sólo quiere besarme.

PARIS.—Troilo, tú sabes que si besas a Elena yo te mato.

ELENA.—No le importa nada morirse; puede hacerlo varias veces.

PARIS.—¿Qué hace ahora? ¿Quiere abalanzarse a ti? Que bien... Besa a Elena, Troilo. Te lo permito.

ELENA.—Si consigues decidirle eres más hábil que yo.

(TROILO, *que se acercaba a* ELENA, *se retira.)*

PARIS.—Escucha, Troilo. Los ancianos están llegando. Vienen a cerrar las puertas de la guerra. ¿Quieres aprovechar esta ocasión y ser célebre?

TROILO.—No. Pobre. Feo.

PARIS.—Déjame terminar. ¿No quieres tener a todas las mujeres del mundo?

TROILO.—No quiero a ninguna. ¡A ninguna!

PARIS.—Los senadores están ya aquí. Elige. O besas a Elena delante de todos ellos o la besaré yo ante ti. ¿Prefieres que sea yo? Muy bien. Mira. ¡Elena! ¿Qué beso es ése?

ELENA.—Era el de Troilo.

PARIS.—No sabes lo que te pierdes, pequeño. ¿Te vas? ¡Buena suerte!

ELENA.—Nos besaremos Troilo, te lo aseguro. (TROILO *se va.*) ¡Troilo!
PARIS.—No hace falta chillar tanto, Elena.

ESCENA III

(*Dichos*, HECUBA, DEMOKOS, ABNEOS, POLIXENA, AGRIMENSOR, ANCIANOS.)

HECUBA.—¿Vamos a cerrar la puerta por fin?
DEMOKOS.—¡De ninguna manera! Podríamos tenerla que abrir esta misma noche.
HECUBA.—Héctor quiere que se cierre y convencerá a Príamo.
DEMOKOS.—Eso lo veremos. Le guardo una bonita sorpresa a Héctor.
POLIXENA.—¿Adónde lleva esa puerta, mamá?
ABNEOS.—A la guerra, pequeña. Cuando está abierta significa que hay guerra...
DEMOKOS.—Amigos míos...
HECUBA.—El símbolo es una tontería tanto si se trata de la guerra como de la paz. Esas hojas siempre abiertas dan impresión de desorden, y los perros se paran en el umbral.
AGRIMENSOR.—No se trata de cuidar el hogar. Estamos hablando de la guerra y de los dioses.
HECUBA.—Pues eso es lo que digo. Que los dioses no saben cerrar sus puertas.
POLIXENA.—Yo las cierro muy bien, ¿verdad mamá?
PARIS.—(*Besando los dedos de* POLIXENA.) A veces te coges los dedos, encanto.
DEMOKOS.—¿Puedo pedir un poco de silencio, Paris? Abneos, Agrimensor, amigos todos, os he

convocado antes de la hora señalada para celebrar nuestro primer consejo. Es de buen augurio que éste no sea de generales, sino de intelectuales, porque en la guerra no basta proveer de armas a nuestros soldados. Es necesario, además, elevar al máximo la capacidad de entusiasmo. La embriaguez física que los jefes obtienen en el momento del asalto gracias a unos vasos de buen vino, será insuficiente ante los griegos si les falta la embriaguez moral que nosotros, los poetas, debemos imbuirles. Ya que la edad nos aleja del combate, procuremos, al menos, que éste sea lo más cruento posible. Abneos, noto que tienes algo que decir. Te concedo la palabra.

ABNEOS.—Nos hace falta un canto guerrero.

DEMOKOS.—Lógico. La guerra exige un canto guerrero.

PARIS.—Hasta ahora no lo habíamos necesitado.

HECUBA.—¿No basta con su propio ruido?

ABNEOS.—Hasta ahora no había hecho falta porque sólo habíamos combatido con bárbaros. Era como si fuéramos de caza y el cuerno bastaba; pero en nuestra lucha con los griegos alcanzamos un nivel más elevado.

DEMOKOS.—Así es, Abneos. Los griegos no luchan con cualquiera.

PARIS.—¡Pero si ya tenemos un canto nacional!

ABNEOS.—Pero es una canción de paz.

PARIS.—Basta entonarla con gestos feroces para que se convierta en un canto de guerra. ¿Cómo es el nuestro?

ABNEOS.—Ya sabes, anodino...

Nosotros, los que segamos la mies
y exprimimos la sangre del viñedo...

DEMOKOS.—Todo lo más es un canto de guerra contra los cereales. Amenazando el trigo no lograremos asustar a los espartanos.

PARIS.—Cántalo con una lanza en las manos y un muerto a tus pies y verás el efecto.

ABNEOS.—¿Para qué discutir? Demokos puede proporcionarnos un himno nuevo en menos de dos horas.

DEMOKOS.—Hombre, en dos horas...

HECUBA.—No te preocupes, no necesitas más. Y detrás del canto vendrá el himno, y después, el coro. Desde el momento en que se declara la guerra, es imposible frenar a los poetas. La rima sigue siendo el mejor tambor.

DEMOKOS.—Y el más útil, Hécuba. Has acertado más de lo que imaginabas. Conozco muy bien a la guerra. Mientras no está presente y sus puertas siguen cerradas, cada uno es libre de ofenderla, porque se burla de los insultos del tiempo de paz. Pero, desde el momento en que aparece, su orgullo está al vivo y no se la obtiene más que halagándola y acariciándola. La misión de los que saben hablar o escribir consiste entonces en elogiar la guerra y cantar los detalles de su enorme cuerpo, para que no se nos ponga en contra. Ved a los oficiales: bravos ante el enemigo, cobardes ante la guerra. Esta es la divisa de los verdaderos generales.

PARIS.—¿Tienes ya una idea para el canto?

DEMOKOS.—Tengo una idea maravillosa que tú comprenderás mejor que nadie. La guerra debe estar

harta de que la presenten con cabellos de Medusa y labios de Gorgona. Yo he tenido la inspiración de comparar su rostro con el de Elena. Este parecido le encantará.

POLIXENA.—¿A quién se parece la guerra, mamá?

ELENA.—A tu tía Elena.

POLIXENA.—Pues es bien bonita...

DEMOKOS.—La discusión ha terminado. De acuerdo sobre el canto guerrero. ¿Por qué te agitas, Agrimensor?

AGRIMENSOR.—Porque hay algo más importante que el canto de guerra, ¡mucho más importante!

DEMOKOS.—¿A qué te refieres? ¿A las medallas? ¿A las noticias falsas?

AGRIMENSOR.—Me refiero a los insultos.

HECUBA.—¿Los insultos?

AGRIMENSOR.—Antes de lanzar sus dardos, los guerreros griegos se lanzan insultos. "¡Viejo sapo", gritan; "¡hijo de buey!" Se insultan de verdad y a fondo porque saben que el cuerpo es más vulnerable cuando se ha herido el amor propio. A nosotros, los troyanos, nos falta el arma del insulto.

DEMOKOS.—El Agrimensor tiene razón. Somos los únicos que no insultamos a los adversarios antes de matarles.

PARIS.—¿No te parece suficiente que se insulten los paisanos?

AGRIMENSOR.—Los ejércitos deben compartir el odio que se tienen los paisanos; ya sabes que en ese aspecto los soldados son decepcionantes. Si se les deja solos, pasan su tiempo apreciando las cualidades del adversario y al poco tiempo sus líneas

desplegadas acaban siendo las únicas de verdadera fraternidad en el mundo. Desde ese campo de batalla donde acaba reinando la consideración mutua, el odio es devuelto a las escuelas, los salones o las tiendas. Si nuestros soldados no alcanzan la igualdad en el combate de epítetos, perderán toda ilusión por la ofensa y la calumnia y, por lo tanto, perderán todo gusto por la guerra.

DEMOKOS.—Acordado. Empezaremos un concurso esta tarde.

PARIS.—Yo creo que son lo bastante mayores para encontrar los insultos por sí mismos.

DEMOKOS.—¡Qué error más grande! ¿Tu crees que podrías encontrar los insultos tú solo, tú que eres considerado listo?

PARIS.—Naturalmente.

DEMOKOS.—No te hagas ilusiones. A ver. Ponte delante de Abneos y empieza.

PARIS.—¿Por qué de Abneos?

DEMOKOS.—Porque como es barrigudo y patituerto, se presta a los epítetos.

ABNEOS.—Oye tú, poeta del infierno...

PARIS.—No. Abneos no me inspira demasiado. Prefiero colocarme ante ti.

DEMOKOS.—¿De mí? Muy bien. Ya verás cómo no es tan fácil... Cuenta diez pasos y empieza.

PARIS.—¡Viejo parásito! ¡Poeta de pies sucios!

DEMOKOS.—Un momento... es mejor que antepongas el nombre para que no haya equivocaciones.

PARIS.—Tienes razón... ¡Demokos! ¡Pelmazo!

DEMOKOS.—Gramaticalmente, correcto; pero muy ingenuo. ¿Por qué razón el ser llamado pelmazo me iba hacer espumarajear de rabia e impulsarme

a matar a alguien? Lo de pelmazo es completamente inocuo. Busca mejor, Paris, ¿no ves que estás titubeando? ¿Cuáles son mis defectos, según tú?

PARIS.—Que eres un cobarde, que te huele el aliento y que no tienes ninguna inteligencia.

DEMOKOS.—¿Quieres una bofetada?

PARIS.—Sólo lo digo para complacerte.

POLIXENA.—¿Por qué riñen a Demokos, mamá?

HECUBA.—Porque es un pájaro bobo.

DEMOKOS.—¿Decías, Hécuba?

HECUBA.—Decía que eres un pájaro bobo, Demokos. Añado que si los pájaros bobos tuviesen la estupidez, la vanidad, la fealdad y el hedor de los buitres, serías un pájaro bobo.

DEMOKOS.—Ya lo ves, Paris. Tu madre es mejor que tú. Una hora de ejercicio por día, y soldado, y Hécuba nos da la superioridad en los epitetos. Casi deberíamos encargarle el canto de guerra.

HECUBA.—Como quieras. Pero yo no diré que se parece a Elena.

DEMOKOS.—¿Pues a quién?

HECUBA.—Te lo diré cuando hayan cerrado las puertas.

HECTOR.—Será ahora mismo.

(HECTOR *señala las puertas.*)

DEMOKOS.—Un momento, Héctor.

HECTOR.—¿Qué ocurre? ¿No está preparada la ceremonia?

HECUBA.—Sí. Los goznes rezuman aceite de oliva.

HECTOR.—¿Entonces?

PRIAMO.—Lo que nuestros amigos quieren decirte es

que también está preparada la guerra; y no se equivocan. Piénsalo, Héctor. Si cierras esas puertas, quizá tengas que abrirlas dentro de un minuto.

HECUBA.—Un minuto de paz es siempre agradable.

HECTOR.—Padre, tú deberías saber lo que es la paz para hombres que llevan meses batiéndose. Es como tocar el fondo para quienes se ahogan o resbalan en el fango. Permitenos poner pie en una mínima parcela de paz; déjanosla tocar, aunque sea empinados sobre la punta de los pies.

PRIAMO.—Héctor, piensa que al arrojar la palabra Paz en esta ciudad es tan grave como arrojar un veneno por sus calles. Relajarás la fuerza del cuero y la del hierro. Los soldados se precipitarán a comprar el pan de la paz, beber el vino de la paz, estrechar la mujer de la paz y dentro de una hora los pondrás de nuevo frente a la guerra.

HECTOR.—¡Pero si no habrá guerra!

(Se oyen rumores del lado del puerto.)

DEMOKOS.—¿No? Escucha.

HECTOR.—Cerremos las puertas. Vamos a recibir a los griegos y la conversación será difícil. Al menos que se desarrolle en una atmósfera de paz.

PRIAMO.—Pero, hijo mío, ¿sabemos incluso si es oportuno permitir a los griegos que desembarquen?

HECTOR.—Tienen que desembarcar. Nuestra última posibilidad de paz está en la entrevista con Ulises.

DEMOKOS.—No deben desembarcar. Está en juego nuestro honor. Seríamos la burla del mundo.

HECTOR.—¿Y tú tomas la responsabilidad de aconsejar al Senado una medida que significa la guerra?

DEMOKOS.—¿Yo? Te equivocas. Adelante, Busiris. Empieza tu misión.

HECTOR.—¿Quién es ese extranjero?

DEMOKOS.—Ese extranjero es el mejor especialista que existe de Derecho Internacional. Hemos tenido la suerte de que esté aquí de paso, y tú no puedes acusarle de interesado porque es neutral. Nuestro Senado seguirá su dictamen.

HECTOR.—¿Y cuál es ése?

BUSIRIS.—Tras estudiar minuciosamente el asunto, he llegado a la conclusión siguiente: los griegos se han hecho reos de tres faltas al Derecho Internacional. Permitirles el desembarco sería perder la calidad de ofendidos que os daría la simpatía universal en caso de conflicto.

HECTOR.—Explícate.

BUSIRIS.—Primero: han izado su pabellón en el palo mayor y no en la escota. Un navío de guerra, príncipes y estimados colegas, iza su bandera en el palo mayor sólo cuando contesta al saludo de un barco cargado de bueyes. Hacerlo ante una ciudad y sus habitantes, constituye, pues, una ofensa clarísima. Por otra parte, tenemos un antecedente. El año pasado los griegos izaron su pabellón en el palo mayor al entrar en el puerto de Orfea. La réplica de Orfea fué fulminante. Declaración de guerra.

HECTOR.—¿Y qué ocurrió?

BUSIRIS.—Que Orfea fué vencida. No queda nada de Orfea ni de sus habitantes.

HECUBA.—Ya.

BUSIRIS.—El hundimiento de una nación no modifica

en absoluto las ventajas de su posición moral internacional.

HECTOR.—Sigue.

BUSIRIS.—En segundo lugar, la flota griega entrando en vuestras aguas ha adoptado la formación llamada frontal. En el último congreso se había tratado de clasificar esa formación entre las medidas denominadas defensivo-ofensivas. Yo he tenido la satisfacción de obtener que se le devolviese su auténtica calidad de medida ofensivo-defensiva; se trata evidentemente de una forma latente del bloqueo que constituye una falta de primer grado. Tampoco nos falta el precedente para este caso. Hace cinco años los navíos griegos se presentaron en esa formación frente a Magnesia. Magnesia les declaró la guerra en menos de una hora.

HECTOR.—¿Y la ganó?

BUSIRIS.—La perdió. De los muros de Magnesia no queda una piedra. Pero mi párrafo se mantiene.

HECUBA.—Enhorabuena. Habíamos temido lo contrario.

HECTOR.—Termina.

BUSIRIS.—La tercera falta es menos grave. Un trirreme griego se ha acercado sin permiso y a traición. Su jefe, Oyax, el hombre más brutal y de peores entrañas entre los griegos, sube hasta la ciudad sembrando el escándalo y la provocación y gritando que quiere matar a Paris. Pero desde el punto de vista internacional esa falta tiene poca importancia. No se ha hecho de acuerdo con las normas.

DEMOKOS.—Ya lo sabes. La situación tiene dos salidas. Encajar una ofensa o devolverla. Elige.

HECTOR.—¡Oneah! Corre hacia donde está Oyax y procura atraerlo hacia aquí.

PARIS.—Donde yo le espero.

HECTOR.—Tú me harás el favor de quedarte en palacio hasta que te llame. En cuanto a ti, Busiris, debes saber que nuestra ciudad no se considera insultada por los griegos en absoluto.

BUSIRIS.—No me sorprende. Su orgullo es impresionante.

HECTOR.—De manera que me vas a producir ahora mismo una tesis que permita a nuestro Senado acordar que no ha habido ofensa por parte de nuestros visitantes, y que nosotros, armiños inmaculados, podemos recibirles como huéspedes.

DEMOKOS.—¿A qué viene esa broma?

BUSIRIS.—Los hechos son los hechos.

HECTOR.—Mi querido Busiris. Todos los que aquí estamos sabemos que el Derecho es la más poderosa de las escuelas imaginativas. Ningún poeta ha interpretado la Naturaleza con mayor libertad que un jurista lo real.

BUSIRIS.—El Senado me ha pedido una consulta, y yo la doy.

HECTOR.—Y yo te pido una interpretación; todavía es más jurídico.

BUSIRIS.—Mi conciencia se opone.

HECTOR.—¿Tu conciencia ha visto perecer a Orfea y Magnesia y no se estremece ante la posibilidad de la pérdida de Troya?

HECUBA.—A él le da igual. Es de Siracusa.

HECTOR.—Te lo ruego, Busiris. Se trata de la vida de dos pueblos. Ayúdanos.

BUSIRIS.—Sólo puedo dar una ayuda: la verdad.

HECTOR.—Precisamente. Trata de encontrar una verdad que nos salve. Si el Derecho no es la armadura de los inocentes, ¿para qué sirve? Por otra parte, la cosa es muy simple; si no la encuentras te guardaremos aquí todo el tiempo que dure la guerra.

BUSIRIS.—¿Qué dices?

DEMOKOS.—Abusas de tu poder, Héctor.

HECUBA.—Si en la guerra se hace prisionero al Derecho, ¿por qué no se va a encerrar a un jurista?

HECTOR.—Estás enterado, Busiris. Yo no falto jamás a mis amenazas ni a mis promesas. Estos guardias pueden llevarte ahora mismo a la cárcel que será tu residencia durante años, o partes esta misma noche cargado de oro. Y ahora que estás informado, quizá puedas estudiar la cuestión de forma imparcial.

BUSIRIS.—Evidentemente, hay ciertos recursos...

HECTOR.—Estaba seguro.

BUSIRIS.—En lo que se refiere a la primera falta, por ejemplo. En ciertos mares rodeados de regiones fértiles el saludo a un barco cargado de bueyes ¿no podría considerarse como un homenaje de la Marina a la Agricultura?

HECTOR.—En efecto, es lógico. Sería como el saludo del mar a la tierra.

BUSIRIS.—Sin olvidar que un cargamento de ganado puede serlo de toros. En ese caso, el homenaje es casi un halago. En cuanto a la formación frontal, tan lógico es interpretarlo como una provo-

cación que como una oferta. Las mujeres que quieren tener hijos se presentan de frente y no de perfil.

HECTOR.—Argumento decisivo. He aquí nuestro honor a salvo, Demokos. Que se proclame en la ciudad el dictamen de Busiris, y tú, Minos, transmite al capitán del puerto la orden de que desembarque Ulises.

DEMOKOS.—Resulta imposible discutir de honor con los ex combatientes. Abusan porque saben que no les puedes llamar cobardes.

AGRIMENSOR.—En todo caso, pronuncia tu discurso a los muertos, Héctor. Quizá te haga reflexionar.

HECTOR.—No habrá discurso a los muertos.

PRIAMO.—La ceremonia lo exige. El general victorioso debe rendir homenaje a los muertos en el instante de cerrar las puertas.

HECTOR.—Un discurso a los muertos de la guerra es una defensa hipócrita de los supervivientes, una demanda de absolución. Es la especialidad de los abogados. Yo no estoy tan seguro de mi inocencia.

DEMOKOS.—El supremo mando no puede cargar con la responsabilidad...

HECTOR.—¡Nadie resulta responsable! Ni los dioses... Por otra parte, yo ya he pronunciado mi discurso a los muertos. Lo he hecho cuando les quedaba un minuto de vida, cuando, reclinados en los olivos del campo de batalla, disponían todavía de un resto de vista y de oído. Y os puedo repetir lo que les he dicho. Al herido en el vientre, con las pupilas ya turbias, le he gritado: "Animo, amigo, las cosas podrían ir peor..." Al que tenía la cabeza abierta por la maza adversaria: "¡Qué feo

estás con la nariz partida!" Y a mi paje que, arrancado de cuajo su brazo izquierdo, se desangraba por la herida: "Tienes suerte de que haya sido el brazo izquierdo..." Y me siento feliz de haber hecho beber a cada uno de ellos la última gota de la cantimplora de la vida. No pedían más, y han muerto saboreándola. No añadiré una palabra más. Cerrad las puertas.

POLIXENA.—Mi amigo el paje ¿ha muerto?

HECTOR.—Sí, pequeña. Ha levantado su mano derecha y alguien que yo no podía ver se la ha apretado fuertemente. Ha muerto.

DEMOKOS.—Nuestro general parece confundir el discurso a los moribundos y el discurso a los muertos.

PRIAMO.—No te obstines, Héctor.

HECTOR.—De acuerdo, les hablaré. *(Junto a las puertas.)* Vosotros los que no nos oís, los que no podéis vernos, escuchad mis palabras: mirad este cortejo. Somos los vencedores. Os da lo mismo, ¿verdad? También lo sois vosotros. Pero nosotros somos los vencedores con vida, y aquí empieza la diferencia. Y aquí empiezo a sentir yo a avergonzarme. Yo no sé si en la muchedumbre de los muertos se d i s t i n g u e a los vencedores con una insignia. Pero los que viven, vencedores o vencidos, llevan una insignia doble. Son sus ojos. Tenemos ojos, mis pobres amigos. Vemos el sol y a su amparo comemos, bebemos... y en el claro de luna... amamos a nuestras mujeres. Y aun a las vuestras.

DEMOKOS.—Ahora, ¿insultas a los muertos?

HECTOR. ¿Tú crees?

DEMOKOS.—A los muertos o a los vivos.

HECTOR.—¡Ah! No es lo mismo...

PRIAMO.—Termina, Héctor. Los griegos están desembarcando...

HECTOR.—¡Oh! Vosotros los que no podéis sentir ni podéis tocar, oled este incienso, tocad estas ofrendas. Ya que por vez primera es un general sincero el que os habla, quiero que sepáis que yo no quiero ni respeto por igual a todos vosotros. Porque aunque estando todos muertos, hay en vuestras filas la misma proporción de bravos y de cobardes que entre los que hemos sobrevivido y no me haréis confundir al calor de una ceremonia los muertos que admiro con los que desprecio. Pero lo que hoy quiero deciros es que la guerra me parece el remedio más sórdido e hipócrita para igualar a los humanos y que no admito la muerte ni como castigo del cobarde ni como recompensa a los vivos. Y añadir que, seáis quienes seáis, ausentes, inexistentes, olvidados, desocupados, sin reposo, sin ser, comprendo que, al cerrar estas puertas, deba excusarme en nombre de estos desertores que son los sobrevivientes y lamentar como privilegio o un robo el goce de esos bienes llamados con dos nombres que espero no alcancen jamás vuestros oídos. El calor y el cielo...

POLIXENA.—Las puertas se cierran, mamá.

HECUBA.—Sí, nena.

POLIXENA.—¿Quiénes las empujan? ¿Los muertos?

HECUBA.—Sí, los muertos ayudan a cerrarlas.

POLIXENA.—Empujan mucho, ¿verdad?

HECTOR.—¿Están cerradas?

GUARDIA.—Totalmente.

HECTOR.—La paz, padre; hemos alcanzado la paz.

HECUBA.—¡La paz!

POLIXENA.—Uno se encuentra mejor, ¿verdad, mamá?

HECTOR.—Mucho mejor, hija mía.

POLIXENA.—Yo ahora me siento muy bien.

(Música de los griegos.)

MENSAJERO.—Los tripulantes han bajado a tierra, Príamo.

DEMOKOS.—¡Qué horror de música! Son las notas más anti-troyanas que haya podido escuchar nunca. Vamos a recibirles como se merecen.

HECTOR.—Recibidles con toda cortesía y que lleguen sin la menor dificultad. Os hago responsables de ello.

AGRIMENSOR.—En todo caso opongámosles la música troyana. Quizá Héctor autorice al menos una guerra musical.

MUCHEDUMBRE.—¡Los griegos! ¡Los griegos!

MENSAJERO.—Ulises está en el muelle, Príamo. ¿Adónde le conducimos?

PRIAMO.—Tráelo aquí... y avisanos a palacio. Tú ven también, Paris. Es mejor que no se te vea demasiado en estos momentos.

HECTOR.—Vamos a preparar nuestro discurso a los griegos, padre.

DEMOKOS.—Prepáralo un poco mejor que el de los muertos, Héctor. Encontrarás más elementos de contradicción. (PRIAMO *y los hijos salen.)* ¿Tú también te vas, Hécuba? ¿Te vas sin decirnos a qué se parece la guerra?

HECUBA.—¿De verdad quieres que te lo diga?

DEMOKOS.—Si lo sabes, dímelo.

HECUBA.—Al trasero de un mono. Cuando el orangután sube a un árbol y nos muestra ese trasero rojo, escamoso y helado, ceñido de una innoble peluca, estamos viendo exactamente la faz de la guerra.

DEMOKOS.—Con la de Elena son ya dos. *(Sale.)*

ANDROMACA.—Ahí viene Elena. ¿Te acuerdas de lo que tienes que decirle, Polixena?

POLIXENA.—Sí...

ANDROMACA.—Ve...

ESCENA IV

(ELENA y POLIXENA.)

ELENA.—¿Quieres hablarme, pequeña?

POLIXENA.—Sí, tía Elena.

ELENA.—Debe ser algo muy importante, porque estás muy envarada. Y por dentro debes estar igual de rígida, ¿a que sí?

POLIXENA.—Sí, tía Elena.

ELENA.—¿Y no puedes decírmelo sin ponerte así?

POLIXENA.—No, tía Elena.

ELENA.—Pues anda, dímelo. Me angustia verte...

POLIXENA.—Tía Elena, si nos quieres, vete.

ELENA.—¿Por qué tengo que irme, nena?

POLIXENA.—Por culpa de la guerra.

ELENA.—¿Tú sabes lo que es la guerra?

POLIXENA.—No demasiado... Creo que se muere uno.

ELENA.—¿Y sabes lo que es morirse?

POLIXENA.—Tampoco estoy muy enterada... Me parece que uno deja de sentir...

ELENA.—¿Qué es lo que te ha dicho Andrómaca que me pidas?

POLIXENA.—Eso. Que si nos quieres, te vayas.
ELENA.—No me parece muy lógico. Si quisieras a alguien, ¿le dejarías?
POLIXENA.—No, nunca.
ELENA.—¿Qué preferirías? ¿Dejar a Hécuba o no sentir nada nunca más?
POLIXENA.—No sentir nada nunca más. Y quedarme.
ELENA.—¿Ves como te expresas mal? Para que yo me vaya hace falta que no os quiera. ¿Es eso lo que deseas?
POLIXENA.—¡Oh, no! Prefiero que nos quieras...
ELENA.—En fin, que no sabes lo que te dices, ¿verdad?
POLIXENA.—Pues no...
VOZ DE HECUBA.—¡Polixena!

ESCENA V

(ELENA, POLIXENA, HECUBA, ANDROMACA.)

HECUBA.—¿Estás sorda, Polixena? ¿Y por qué cierras los ojos? ¿Juegas a las estatuas? Anda, ven conmigo.
ELENA.—Está probando a no sentir nada. Pero no le sale bien...
HECUBA.—En fin, ¿me oyes, Polixena? ¿Me ves o no?
POLIXENA.—Sí... Sí... Te oigo y te veo.
HECUBA.—Pero, ¿por qué lloras? ¿Que mal hay en que me veas y oigas?
POLIXENA.—Es que... significa... que te marcharás.
HECUBA.—Elena, me harás el favor de dejar en paz a la niña. Es demasiado sensible para alcanzar lo

sobrenatural, aunque sea a través de tu espléndido vestido y tu bonita voz.

ELENA.—Eso mismo opino yo y aconsejo a Andrómaca que haga ella misma sus encargos. Bésame, Polixena. Me marcho esta noche para que tú estés contenta.

POLIXENA.—¡No te vayas! ¡No te vayas!

ELENA.—Vaya, ya has dejado de estar rígida...

HECUBA.—¿Vienes, Andrómaca?

ANDROMACA.—No, me quedo.

ESCENA VI

(ANDROMACA y ELENA.)

ELENA.—¿Qué falta ahora? ¿Una explicación?

ANDROMACA.—Eso espero.

ELENA.—Escucha cómo gritan y discuten allá abajo; todos intervienen. ¿No basta? ¿También tienen que explicarse las cuñadas? ¿Y explicar que si ya he dicho que me marcho?

ANDROMACA.—Que te marches ha dejado de tener importancia, Elena.

ELENA.—Díselo a Héctor. Harás más fácil su jornada.

ANDROMACA.—Sí, Héctor está obsesionado con la idea de tu partida. Es como todos los hombres. Basta una liebre para distraerles de la mata donde se esconde la pantera. La caza de los hombres puede hacerse así. Pero no la de los dioses.

ELENA.—Si has descubierto lo que quieren los dioses en todo este episodio, te felicito.

ANDROMACA.—No sé si los dioses quieren algo, pero sí sé lo que quiere el universo. Desde esta ma-

ñana todo me parece reclamarlo, exigirlo, gritarlo... los hombres, los animales, las plantas... Hasta el niño que está en mi seno.

ELENA.—¿Qué es lo que reclaman?

ANDROMACA.—Que quieras a Paris.

ELENA.—Si saben que no le quiero están mejor informados que yo.

ANDROMACA.—No le quieres. Quizá podrías quererle, pero en este momento los dos vivís en un equívoco.

ELENA.—Vivo con él en el seno del buen humor, de la amistad, del acuerdo. Y no comprendo lo que pueda ser el equívoco de la comprensión.

ANDROMACA.—No le quieres. Porque en el amor no hay comprensión. La vida de dos esposos que se aman es una pérdida constante de sangre fría. La dote de las parejas verdaderas es la misma que la de las falsas: el desacuerdo. Héctor es lo contrario de mí. No comparte ninguno de mis gustos y pasamos todo el día venciéndonos el uno al otro o sacrificándonos. Los esposos amantes no tienen el rostro sereno.

ELENA.—¿Y si me acercase a Paris con los ojos en blanco, las manos húmedas y el rostro desencajado crees que Menelao sería feliz y los griegos transportados de júbilo?

ANDROMACA.—Entonces ya no importaría nada lo que pensasen los griegos.

ELENA.—¿Y no habría guerra?

ANDROMACA.—Quizá no la habría... quizá si fueras capaz de querer, el amor llamaría en su ayuda a uno de sus hermanos, a la generosidad, a la inteligencia... Ni siquiera el destino se atreve impu-

nemente con la pasión. Y si hubiera guerra, importaría mucho menos.

ELENA.—¿No sería la misma guerra?

ANDROMACA.—No, Elena. ¿No te das cuenta de la importancia de la lucha que se avecina? El destino no toma tantas precauciones para un combate cualquiera. Sobre ésta se levantará el futuro de nuestras razas, de nuestros pueblos, de nuestros razonamientos. Y si nuestro futuro se funda en la historia de un hombre y una mujer que se amaban, menos mal. Pero el destino no ve que vosotros constituís sólo una pareja oficial. Y ése es el horror. Que tengamos que sufrir, morir, por una pareja oficial, que el esplendor o la desgracia de las edades, que las costumbres de los cerebros y de los siglos van a nacer de la aventura de dos seres que no se amaban.

ELENA.—Si todos creen que nos amamos la consecuencia será la misma.

ANDROMACA.—No lo creen, pero nadie lo reconocerá. Cuando se aproxima la guerra todos los seres segregan un sudor nuevo, todos los acontecimientos revisten un nuevo barniz. Es la mentira. Todos mienten. Nuestros ancianos no adoran la belleza, se adoran a sí mismos, adoran la fealdad. Y la indignación de los griegos es una mentira. Los dioses saben lo poco que les importa lo que puedas hacer con Paris. Y sus barcos, que se acercan entre banderolas e himnos, son una mentira del mar. Y la vida de mi hijo y la de Héctor van a jugarse en la hipocresía y la simulación. ¡Es horrible!

ELENA.—Y yo, ¿qué puedo hacerle?

ANDROMACA.—Te lo suplico, Elena. Mírame cerca de ti como si te rogara que me amases. Quiere a Paris. O dime que me engaño. Dime que te matarás si él muere. Dime que aceptarías desfigurarte para que él viviera. Porque entonces la guerra dejará de ser una plaga y una injusticia y yo intentaré soportarla.

ELENA.—Mi querida Andrómaca, todo eso no es tan fácil. Reconozco que no paso las noches meditando en la suerte de los humanos, pero siempre me ha parecido que se dividen en dos clases. Los que son, ¿cómo llamarles?, la carne de la vida humana y los que constituyen el orden y la gracia. Los primeros tienen la risa, el llanto y todo lo que quieras añadir en secreciones. Los otros tienen el gesto, la expresión, la mirada. Si les obligas a fundirse en una sola raza, fracasarás. La Humanidad debe tanto a sus figurones como a sus mártires.

ANDROMACA.—¡Elena!

ELENA.—Por otra parte, eres muy exigente... Yo no creo que mi amor sea tan ruin. A mí me gusta. Es cierto que no caigo enferma cuando Paris me deja por el juego de bolos o la pesca, pero en cambio me siento atraída por él, imantada por él. La atracción del imán es tan amor como la unión física, es una pasión tan antigua y fecunda como la que se expresa por los ojos enrojecidos de llanto o por el contacto... En esa clase de amor me siento tan a mis anchas como una estrella en su constelación. Gravito y brillo en ella, es mi forma de respirar y de abrazar. Y se ven claramente los hijos que ese amor puede dar: unos

seres grandes, límpidos, con dedos torneados y nariz corta. ¿Qué ocurriría si añadiéramos los celos, la ternura y la inquietud? El mundo es ya muy nervioso de por sí. No tienes más que verte a ti misma.

ANDROMACA.—Añade la piedad, Elena. Es la única ayuda que el mundo necesita.

ELENA.—Esperaba esa palabra.

ANDROMACA.—¿Qué palabra?

ELENA.—La palabra piedad. Tendrás que llamar a otra puerta. No estoy muy fuerte en piedad.

ANDROMACA.—Porque no conoces otra palabra. La desgracia.

ELENA.—Mejor de lo que crees. Y conozco también a los desgraciados y con ellos me he sentido siempre a gusto. De niña me pasaba los días con las hijas de los pescadores que vivían en las cabañas pegadas a palacio. Buscábamos nidos y criábamos pájaros (yo he nacido de un ave, y quizá sea ésta la causa de mi cariño hacia ellas). Y si tienen relación con los pájaros conozco todas las desdichas que pueden herir a los humanos. El cuerpo del padre arrojado por la marea matinal con la cabeza monstruosamente hinchada por las gaviotas arracimadas para picarle en los ojos, el cuerpo de la madre, ebria y desplumando vivo al mirlo domesticado y el de la hija sorprendida con el esclavo encima del nido de las currucas asustadas... Y a pesar de las alas que prestaba al género humano lo he visto tal y como es, arrastrándose sucio, miserable... Pero no he sentido jamás el sentimiento que exige la piedad.

ANDROMACA.—Porque lo juzgas sólo digno de desprecio.

ELENA.—Es posible. Pero también puede proceder del hecho de que considero a todos esos desdichados como mis iguales, de que mi salud, mi belleza y mi gloria no son para mí superiores a su miseria. A eso puede llamarse fraternidad.

ANDROMACA.—Estás blasfemando, Elena.

ELENA.—El hombre compadece a los otros en la misma medida en que se compadece de sí mismo. La desgracia y la fealdad son dos espejos que no tolera. Si la guerra estalla, verás cómo puedo soportar el hambre y el dolor sin sufrir, mejor que tú. Y, además, el insulto. ¡Si crees que no oigo lo que las troyanas dicen a mi paso! Me llaman ramera. Y dicen que por la mañana estoy demacrada. Es falso o cierto. Pero me da igual, absolutamente igual.

ANDROMACA.—¡Basta, Elena!

ELENA.—¿Por qué? Si basta una pareja perfecta para que admitas la guerra, Andrómaca, no te preocupes. Ahí está la que formáis tú y Hector.

ELENA, ANDROMACA y HECTOR. Por el otro, OYAX, furioso.

OYAX.—¿Dónde está? ¿Dónde se esconde? ¡Ese cobarde! ¡Ese troyano!

HECTOR.—¿A quién buscas?

OYAX.—¡Busco a París!

HECTOR.—¡Ah! Soy su hermano.

OYAX.—¡Ja! ¡Buena familia! Yo soy Oyax, y a ti, ¿cómo te llaman?

HECTOR.—Me llaman Héctor.

OYAX.—¿Sí? ¡Pues yo te llamo cuñado de ramera!

HECTOR.—Veo que Grecia nos manda diplomáticos. ¿Qué deseas?

OYAX.—¡La guerra!

HECTOR.—Pierdes el tiempo. ¿Por qué razón la quieres?

OYAX.—Porque tu hermano ha raptado a Elena.

HECTOR.—Por lo que he oído decir, a ella no le pareció tan mal...

OYAX.—Una griega hace lo que quiere y no tiene por qué pedirte permiso. ¡Es un caso de guerra!

HECTOR.—Podemos presentar excusas.

OYAX.—Los troyanos no presentan excusas. No partiremos sin vuestra declaración de guerra.

HECTOR.—Declaradla vosotros.

OYAX.—Muy bien! La declararemos esta misma tarde.

HECTOR.—Mientes. No la declararéis; ninguna isla del archipiélago os seguiría si la iniciativa no fuera nuestra. Y no lo será.

OYAX.—¿No?, ¿No la declararás tú mismo si afirmo que eres un cobarde?

HECTOR.—Es una declaración que admito perfectamente

OYAX.—¡Jamás he visto tal falta de reacción militar! ¿Y si te digo lo que Grecia entera piensa de Troya, si te digo que todos consideran a Troya el país de la estupidez y del vicio?

HECTOR.—Troya es la testarudez. No tendréis guerra.

OYAX.—¿Y si escupo sobre ella?

HECTOR.—Hazlo.
OYAX.—¿Si te pego a ti, que eres su príncipe?
HECTOR.—Pruébalo.
OYAX.—¿Si golpeo en plena cara al símbolo de su vanidad y de su falso honor?
HECTOR.—Golpea...
OYAX.—*(Le abofetea.)* Ya está... si esa dama es tu esposa, puede estar orgullosa de ti.
HECTOR.—La conozco bien. Está orgullosa de mí.

(DEMOKOS *entra.)*

DEMOKOS.—¿Qué ruido es ése? ¿Qué quiere ese borracho, Héctor?
HECTOR.—Ya no quiere nada. Tiene lo que quería.
DEMOKOS.—¿Qué ha pasado, Andrómaca?
ANDROMACA.—Nada.
OYAX.—Dos veces nada. Un griego pega a Héctor, y Héctor lo aguanta.
DEMOKOS.—¿Es cierto eso, Héctor?
HECTOR.—Totalmente falso. ¿Verdad, Elena?
ELENA.—Los griegos son muy mentirosos.
OYAX.—Quizá es natural que tenga una mejilla más colorada que la otra.
HECTOR.—Sí, me encuentro mejor de este lado.
DEMOKOS.—Di la verdad, Héctor. ¿Se ha atrevido a levantarte la mano?
HECTOR.—En todo caso, es cosa mía.
DEMOKOS.—Es cosa de todos. Tú eres la estatua de Troya.
HECTOR.—Por eso. Nadie abofetea a una estatua.
DEMOKOS.—¿Quién eres tú, bruto? Yo soy Demokos, el segundo hijo de Akikaos.

OYAX.—¿El segundo hijo de Akikaos? Mucho gusto. Dime, ¿tiene la misma gravedad pegar a un hijo segundo de Akikaos que a Héctor?

DEMOKOS.—La misma gravedad, ebrio. Yo soy el jefe del Senado. Si quieres la guerra, una guerra sin cuartel, no tienes más que probar...

OYAX.—Muy bien, voy a probar.

(Pega a DEMOKOS.)

DEMOKOS.—¡Troyanos! ¡Soldados! ¡Socorro!

HECTOR.—Cállate, Demokos.

DEMOKOS.—¡A las armas! ¡Están insultando a Troya! ¡Venganza!

HECTOR.—Te digo que te calles.

DEMOKOS.—¡Gritaré! ¡Levantaré a la ciudad en armas!

HECTOR.—¡Cállate o te abofeteo!

DEMOKOS.—¡Príamo! ¡Anquises! ¡Venid a ver la vergüenza de Troya! Tiene la cara de Héctor.

HECTOR.—¡Toma!

(HECTOR *pega a* DEMOKOS, *y* OYAX *estalla en carcajadas. Entran* PRIAMO, PARIS, NOTABLES.)

PRIAMO.—¿A qué vienen esos gritos, Demokos?

DEMOKOS.—Me han abofeteado.

OYAX.—Ve a quejarte a Akikaos.

PRIAMO—¿Quién te ha abofeteado?

DEMOKOS.—¡Héctor! ¡Oyax! ¡Héctor! ¡Oyax!

PARIS.—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loco?

HECTOR.—No le ha pegado nadie, ¿verdad Elena?

ELENA.—No he dejado de mirar un momento y, sin embargo, no he visto nada.

OYAX.—Tiene las dos mejillas del mismo color...

PARIS.—Los poetas se agitan a menudo sin razón alguna. Es lo que llaman caer en trance. De éste saldrá, seguramente, nuestro himno.

DEMOKOS.—Me las pagarás, Héctor.

OYAX.—*(Se acerca a* HECTOR.) ¡Muy bien! Seguridad, decisión... Un golpe muy preciso.

HECTOR.—He hecho lo que he podido...

OYAX.—Además, método excelente: codo fijo, puño sesgado, inmovilidad en carpo y metacarpo. Tu puñetazo debe ser más fuerte que el mío.

HECTOR.—No creo...

OYAX.—Con ese radio de hierro y ese cúbito debes lanzar fenomenalmente la jabalina.

HECTOR.—Setenta metros.

OYAX.—Enhorabuena. Querido Héctor, perdóname. Retiro mis amenazas y mi bofetada. Ahora los dos tenemos enemigos comunes: son los hijos de Akikaos. Yo no puedo luchar con quien tiene los mismos enemigos que yo. No hablemos más de la guerra. No sé lo que está preparando Ulises, pero cuenta conmigo para solucionar este problema.

(Sale y volverá con ULISES.)

ANDROMACA.—Te quiero, Héctor.

HECTOR.—*(Señalando la mejilla.)* Lo sé. Pero no me beses todavía, ¿quieres?

ANDROMACA.—Has ganado otro combate. Ten confianza.

HECTOR.—Gano todos los combates. Y a cada victoria el premio vuela más lejos.

(Idem marineros, muchedumbre, ULISES, OYAX.)

ULISES.—Príamo y Héctor, ¿verdad?

PRIAMO.—Los mismos. Detrás de ellos, Troya, los barrios de Troya, la campiña de Troya, el Helesponto y este país como un puño cerrado que se llama Frigia. Tú eres Ulises.

ULISES.—Yo soy Ulises.

PRIAMO.—Este es Anquises. Detrás de él, la Tracia, el Ponto y esa mano abierta que es la Táurida.

ULISES.—Mucha gente para una conversación diplomática.

PRIAMO.—Y aquí está Elena.

ULISES.—Buenos días, mi reina.

ELENA.—En Troya he rejuvenecido, Ulises. No soy más que princesa.

PRIAMO.—Os escuchamos.

OYAX.—Ulises, tú habla a Príamo. Yo hablaré con Héctor.

ULISES.—Príamo, hemos venido a recobrar a Elena.

OYAX.—Tú lo comprendes, ¿verdad Héctor? ¡No podíamos dejar las cosas como estaban!

ULISES—Grecia y Menelao claman venganza.

OYAX.—Si los maridos engañados no clamasen venganza, ¿qué les iba a quedar?

ULISES.—Que nos devuelvan a Elena inmediatamente. O habrá guerra.

OYAX.—Dejando tiempo para la despedida, claro.

HECTOR.—¿Eso es todo?

ULISES—Todo.

OYAX.—No ha sido largo, ¿verdad Héctor?

HECTOR.—De forma que si devolvemos a Elena nos aseguráis la paz.

OYAX.—Y la tranquilidad.

HECTOR.—Y si se embarca dentro de una hora, el asunto está resuelto.

OYAX.—Y liquidado.

HECTOR.—Me parece que podremos llegar a un acuerdo, ¿verdad Elena?

ELENA.—Sí, creo que sí.

ULISES.—¿No irás a decir que vais a devolver a Elena?

HECTOR.—Exactamente. Está ya dispuesta.

OYAX.—Y siempre tendrá más equipaje para la vuelta que el que tuvo a la ida.

HECTOR.—La devolvemos y nos garantizáis la paz. No habrá represalias ni venganzas. ¿De acuerdo?

OYAX.—Una mujer perdida, una mujer encontrada y resulta que es la misma. Perfecto. ¿Verdad Ulises?

ULISES.—Un momento. Yo no garantizo nada. Para que renunciáramos a las represalias haría falta que no hubiese razón para ellas; es decir, haría falta que Menelao encontrase a Elena tal y como estaba cuando la raptaron.

HECTOR.—¿En qué iba a notar un cambio?

ULISES.—Un marido tiene derecho a la suspicacia cuando ha sido advertido por un escándalo mundial. Para calmarle sería necesario que Paris hubiese respetado a Elena. Y me temo que no sea este el caso.

MUCHEDUMBRE.—¡Ah, no! ¡Claro que no!

HECTOR.—¿Y si fuera el caso?

ULISES.—¿A dónde vas a parar, Héctor?

HECTOR.—Paris no ha tocado a Elena. Los dos me han hecho confidencias.

ULISES.—¿Qué cuento es ése?

HECTOR.—Sólo la verdad, ¿no es cierto, Elena?

ELENA.—¿Qué tiene de raro?

UNA VOZ.—¡Qué horror! ¡Qué humillación para Troya!

HECTOR.—¿Por qué sonríes, Ulises? ¿Es que notas en Elena el menor indicio de haber faltado a su deber?

ULISES.—Ni siquiera lo busco. Deja más huellas el agua en el pato que la mancha en la mujer.

PARIS.—Estás hablando de una reina.

ULISES.—Aparte de las reinas, claro... De forma, Paris, que has raptado a esa reina, que estaba desnuda; tú, estando en el agua, no ibas tampoco cubierto por coraza ni armadura, y ¿no te ha asaltado ningún deseo?

PARIS.—Una reina desnuda está cubierta por su dignidad.

ELENA.—Basta que no se desprenda de ella.

ULISES.—¿Cuánto ha durado el viaje? Yo he necesitado tres días, y mis barcos son más rápidos que los vuestros.

UNA VOZ.—¿Cómo te atreves a insultar a la Marina troyana?

OTRA VOZ.—Vuestros vientos son más rápidos, ¡no vuestros barcos!

ULISES.—Pongamos tres días. ¿Dónde estaba la reina?

PARIS.—En el puente, tendida.

ULISES.—¿Y Paris, dónde? ¿En la cofa?

ELENA.—Tendido junto a mí.

ULISES.—¿Leía, quizá, o pescaba?

ELENA.—A veces me abanicaba...

ULISES.—Sin atreverse jamás...

ELENA.—El segundo día me ha besado la mano.

ULISES.—La mano, claro, se desencadenaba el bruto...

ELENA.—He creído oportuno fingir que no me daba cuenta.

ULISES.—El balanceo, ¿no os ha lanzado el uno contra el otro? No intento ofender a la Marina troyana al decir que sus barcos se balancean...

UNA VOZ.—¡Se balancean menos de lo que cabecean los vuestros!

OYAX.—¡Nuestros barcos no cabecean! Si a veces lo parece, es porque tienen la proa elevada y la popa ahuecada.

UNA VOZ.—¡Eso, eso! La cara arrogante y el trasero chato: ¡muy griego!

ULISES.—Y no olvidemos las noches... Por encima de la pareja que formabais han aparecido y desaparecido tres veces las estrellas. ¿No te ha quedado ningún recuerdo de esas tres noches, Elena?

ELENA.—Sí... sí, claro, me olvidaba. Ahora tengo un conocimiento más preciso de los astros.

ULISES.—Mientras dormías, quizá él...

ELENA.—Un mosquito basta a despertarme.

HECTOR.—Si lo deseas, te lo jurarán los dos ante el altar de Venus, tu diosa.

ULISES.—Les dispenso de ello. Conozco muy bien a Venus. Su juramento favorito es la mentira... De todas maneras, resulta una historia curiosa y que destruirá en el archipiélago la idea que se tenía de los troyanos.

PARIS.—¿Cuál era esa idea?

ULISES.—¡Que estaban menos dotados para el comercio que nosotros, pero que eran bellos e irresistibles! Sigue en tus confidencias, Paris; son

una contribución importante a la psicología de los pueblos. ¿Cuál ha podido ser el motivo que te impulsara a respetar a Elena cuando la tenías a tu merced?

PARIS.—Yo... la amaba.

ELENA.—Si no sabes lo que es el amor, Ulises, mejor será que no abordes el tema.

ULISES.—Pero reconoce, Elena, que no le hubieras seguido de saber que los troyanos son impotentes...

UNA VOZ.—¡Qué vergüenza!

OTRA VOZ.—¡Que le amordacen!

UNA VOZ.—¡Trae a tu mujer y verás!

OTRA VOZ.—¡Y a tu abuela!

ULISES.—Perdón. Me he expresado mal. De saber que Paris, el arrogante, era impotente...

UNA VOZ.—¿Vas a hablar, Paris? ¿Quieres que seamos la burla del mundo?

PARIS.—Héctor, ¿te das cuenta de lo desagradable de mi situación?

HECTOR.—Sólo durará un minuto. Adiós, Elena. Y que los tiempos canten tu virtud como hubieran podido cantar tu fragilidad.

ELENA.—No tenía ningún miedo. La Historia acaba siempre por daros los méritos que merecéis.

ULISES.—¡Paris, el impotente, buen sobrenombre! Por una vez puedes besarle, Elena.

PARIS.—¡Héctor!

MARINERO.—¿Hasta cuándo vas a soportar esta farsa, capitán?

HECTOR.—¡Cállate! Quien manda aquí soy yo.

MARINERO.—Mandas mal. ¡Los marineros de Paris estamos hartos! Yo os diré lo que él ha hecho a vuestra reina.

VOCES.—¡Bravo! ¡Que hable!

MARINERO.—Se está sacrificando para complacer a su hermano, pero yo era el primer oficial de a bordo. Y lo he visto todo.

HECTOR.—Te has equivocado.

MARINERO.—¿Qué puede equivocar los ojos de un marinero troyano? Distingo las gaviotas tuertas a treinta pasos. Acércate, Olpides. El estaba en la gavia y lo ha visto desde arriba. Yo tenía la cabeza junto al primer tramo de la escalera del sollado y quedaba ante ellos como un gato ante un lecho. ¿Hace falta que lo diga todo, troyanos?

HECTOR.—¡Silencio!

VOCES.—¡Habla! ¡Que hable!

MARINERO.—Y no hacía ni dos minutos que estaban a bordo, ¿verdad, Olpides?

OLPIDES.—El tiempo de secar a la reina y rehacer la raya de sus cabellos... ¡Imaginaos si podía ver esa raya desde arriba! Desde la frente a la nuca.

MARINERO.—Y ha enviado a todos a la cala, menos a nosotros dos, a quienes no ha visto...

OLPIDES.—Y la nave sin piloto iba derecha al Norte... Y las velas sin viento se hinchaban majestuosamente.

VOCES.—¡Bravo! ¡Viva!

VOZ DE MUJER.—¡Gloria a Paris!

HOMBRE.—¡Demos a Paris lo que es de Paris!

HECTOR.—Mienten, ¿verdad, Elena, que mienten?

ULISES.—Elena escucha encantada...

ELENA.—Olvidaba que se referían a mí... Estos hombres parecen convencidos de lo que dicen...

ULISES.—¿Te atreves a decir que mienten, Paris...?

PARIS.—En los detalles, un poco.

MARINERO.—¡Ni en todo ni en los detalles!

OTRO MARINERO.—¡Y no han sido sólo ellos los que han visto! Desde el pañolero a la bandera habíamos salido todos del interior del barco y, pegados al puente, estábamos mirando. ¡El buque entero era un anteojo!

OTRO MARINERO.—¡Para ver el amor!

ULISES.—¿Quieres más, Héctor?

HECTOR.—¡Callaos todos!

MARINERO.—Anda, haz callar a esa que aparece ahora.

(IRIS *surge en el cielo.*)

PUEBLO.—¡Iris! ¡Iris!

PARIS.—Te manda Venus, ¿verdad?

IRIS.—Sí, Venus me encarga que os diga que el amor es la ley del mundo. Que todo lo que se refiere al amor resulta sagrado, aunque sea la mentira, la avaricia o la lujuria. Que toma a todos los enamorados bajo su protección, desde el rey al pastor, pasando por la celestina; sí, eso he dicho: la celestina. Si hay alguna aquí, le mando un saludo. Y Venus os prohibe a vosotros dos, Héctor y Ulises, que separéis a Paris de Elena. O habrá guerra.

PARIS Y VIEJOS.—Gracias, Iris.

HECTOR.—Y de Minerva, ¿no traes mensaje?

IRIS.—Sí. Minerva me encarga os diga que la razón es la ley del mundo. Todos los enamorados de la Tierra, añade, han perdido la razón. Os ruega que la confeséis francamente si hay algo más estúpido que el gallo encima de la gallina o la mosca con la mosca. Y ordena a Héctor y a Ulises que se-

paren a Elena de ese Paris del pelo rizado. Si no, habrá guerra...

HECTOR Y LAS MUJERES.—Gracias, Iris.

PRIAMO.—Hijo mío, ni Venus ni Minerva son los que deciden del Universo. ¿Qué es lo que manda Júpiter en esta duda?

IRIS.—Júpiter, el señor de los dioses, manda que os diga que los que sólo ven el amor en el mundo, son tan bobos como los que no lo ven. La sabiduría, añade Júpiter, señor de los dioses, consiste en hacer el amor algunas veces y en no hacerlo otras. De acuerdo con su humilde y soberbia opinión, las praderas sembradas de flores de lis y de violetas son tan dulces a los que se tienden uno encima del otro como a los que se estiran leyendo, soplando la corola de una flor, pensando en la comida de la noche o en la república. Por ello, ordena a Héctor y a Ulises que separen a Elena de Paris aun no separándolos. Ordena también a todos los demás que se marchen, dejando solos y cara a cara a los negociadores y que éstos se arreglen para evitar la guerra. Y si no lo hacen, os jura, y nunca ha jurado en vano, ¡que habrá guerra!

HECTOR.—A tu disposición, Ulises.

ULISES.—A la tuya.

(Todos salen, menos ULISES *y* HECTOR.)

HECTOR.—¿Es este el combate, Ulises?

ULISES.—El combate de donde puede surgir o no la guerra...

HECTOR.—¿Resultará?

ULISES.—Lo sabremos dentro de cinco minutos.

HECTOR.—Si es un combate de palabras, tengo pocas posibilidades... pero, ¿tú quieres la guerra, Ulises?

ULISES.—Yo no la quiero. Pero no sé cuáles son las intenciones que ella tiene.

HECTOR.—Nuestros pueblos nos han delegado para conjurarla. Esta reunión indica que no se ha perdido nada todavía...

ULISES.—Eres muy joven, Héctor. En vísperas de todas las guerras es normal que los jefes de dos pueblos en disputa se encuentren a solas en un pueblo inocente, en un lugar pacífico, en la terraza que está sobre un lago, en el rincón de un jardín. Y los dos convienen en que la guerra es la peor plaga del mundo, y los dos, cuando sienten sobre los hombros los pétalos de las magnolias o siguen con la vista los reflejos y las ondas del agua, son pacíficos, modestos, leales. Se estudian, se miran y calentados por el sol, enternecidos por el vino trasegado, no encuentran en la cara del otro ningún rasgo que justifique el odio, ninguna expresión que no reclame el amor humano. Y tampoco encuentran nada incompatible entre sus dos idiomas, entre la forma de rascarse la nariz o de beber. Se separan estrechándose la mano y sintiéndose hermanos... se vuelven desde su coche para sonreírse... Y al día siguiente estalla la guerra... Así estamos los dos ahora. Los pueblos que representamos se separan callándose, pero no es porque esperen de nosotros una victoria sobre el destino ineluctable. Si nos han dado plenos poderes y nos han aislado es para que gustemos mejor nuestra fraternidad de enemigos por encima de la hecatombe. Saboreémosla. Es un plato de ricos...

Pero nada más. El mejor privilegio de los hombres importantes es el de poder ver las catástrofes desde una terraza.

HECTOR.—¿Entonces es una conversación entre enemigos?

ULISES.—Es un dúo antes de que empiece la orquesta. Porque al haber nacido sensatos, justos y corteses nos hablamos una hora antes de la guerra como nos hablaremos una hora después como ex combatientes. Nos reconciliamos ya antes de empezar la lucha; siempre pasa lo mismo, y quizá sea un error. Si uno de los dos debe un día matar al otro y arrancarle la visera del casco para estar seguro de su victoria, quizá sería mejor que no se le apareciere el rostro de un hermano. Pero el universo ya sabe que nos batiremos.

HECTOR.—El universo puede equivocarse.

ULISES.—Esta mañana podía tener mis dudas. Desde que he puesto el pie en el muelle estoy seguro.

HECTOR.—Y los demás griegos, ¿qué piensan?

ULISES.—Nada bueno. Los demás griegos piensan que Troya es rica; sus factorías, magníficas; su comarca, fértil. El oro de vuestros templos, el de vuestro trigo han enviado a cada uno de nuestros navíos un mensaje que no olvidan. No es prudente tener dioses y cereales demasiado dorados.

HECTOR.—He aquí, por fin, la franqueza... Grecia ha escogido a Troya como presa fácil. ¿Por qué, entonces, esperar a la declaración de guerra? Hubiera bastado aprovechar mi ausencia para caer sobre la ciudad. La hubiéseis tomado en el acto.

ULISES.—Hay una especie de acuerdo para la guerra que da la atmósfera, la acústica y el humor del

mundo. Sólo un loco empezaría una guerra sin ese consentimiento que antes no teníamos.

HECTOR.—Y, ¿ahora sí?

ULISES.—Eso creo.

HECTOR.—¿Quién os lo ha dado precisamente contra nosotros? Troya es reputada por su humanidad, su justicia, su arte...

ULISES.—Los pueblos no se ponen en contra el Destino por sus crímenes, sino por sus errores. Un Estado puede funcionar perfectamente con un ejército poderoso, economía fuerte, poetas inspirados... y de pronto hay un pequeño detalle, un detalle mínimo, sus ciudadanos cortan torpemente unos árboles, sus hijos se manifiestan tumultuosamente y el país está perdido. Las naciones, como los hombres, se pierden por minúsculas faltas de educación: vosotros probablemente habéis raptado mal a Elena.

HECTOR.—¿Qué proporción puede haber entre el rapto de una mujer y una guerra que traerá la destrucción de uno de nuestros pueblos?

ULISES.—Hablemos de Elena. Os habéis equivocado sobre ella tanto Paris como tú... Yo la conozco desde hace quince años y no he dejado de observarla un solo momento. Ahora no tengo ninguna duda. Se trata de una de esas raras criaturas puestas en la Tierra por el Destino para su uso personal y que unas veces aparecen en un pueblo de pescadores y otras en forma de pequeña reina. La gran dificultad está en descubrir entre todos los seres y todos los objetos ésos que son los rehenes del Destino, los intocables. No habéis sa-

bido distinguir. Paris podía haber entrado impunemente en todos los lechos de Tebas o de Esparta y ha escogido el cerebro más estrecho, el corazón más rígido. Estáis perdidos.

HECTOR.—Pero, si os devolvemos a Elena...

ULISES.—La restitución no borra el insulto al Destino.

HECTOR.—¿Por qué discutir, entonces? Bajo tus palabras estoy descubriendo la verdad. Reconocedlo: lo que queréis son nuestras riquezas. Habéis dejado raptar a Elena para tener un pretexto honroso al declarar la guerra. Siento rubor por Grecia; será la responsable y esa vergüenza le acompañará siempre.

ULISES.—¿Responsable y avergonzada? Mi querido Héctor, estas dos palabras no ligan. Si de verdad somos responsables de la guerra bastará que los hombres de nuestra generación mientan y nieguen para que las generaciones futuras vivan con la conciencia tranquila y de buena fe. Mentiremos. Nos sacrificaremos.

HECTOR.—La suerte está echada, Ulises. ¡A la guerra, pues! Cuando más la odio, me invade un deseo más agudo de matar... ¡Si me rehusas tu ayuda puedes partir!

ULISES.—¡No, Héctor! Puedes contar con mi apoyo; si te he dicho lo que has oído es porque he querido interpretar el Destino leyendo en el universo, en esas grandes líneas que señalan el camino de las caravanas, la ruta de las naves, la emigración de las aves y de las razas. Dame tu mano. También hay líneas en ella. Pero preten-

damos que no dicen lo mismo. Pretendamos que esas tres pequeñas arrugas en el fondo de la mano de Héctor dicen lo contrario de lo que aseguran los ríos, los vuelos y las estelas. Por naturaleza soy curioso y no me da miedo apostar contra el Destino. Aceptaré a Elena y la devolveré a Menelao. Tengo mucha más elocuencia de la que se necesita para que un marido crea en la virtud de su mujer, y hasta Elena acabará creyéndome. Parto ahora mismo para evitar sorpresas; una vez en la nave quizá haya terminado el peligro de la guerra.

HECTOR.—Y, ¿esa es la astucia de Ulises o su grandeza?

ULISES.—Estoy usando de mi astucia contra el Destino; no contra ti. Es mi primer ensayo y tengo más mérito. Soy sincero, Héctor. Si yo quisiera absolutamente la guerra no te pediría a Elena, sino otro rescate mucho más importante para ti. Me voy... Pero no puedo dejar de ver lo difícil del camino que lleva desde este lugar al barco.

HECTOR.—Mi guardia te escolta.

ULISES.—Es largo... como el recorrido oficial de un rey cuando el atentado amenaza... ¿Dónde se esconden los conjurados? Seremos afortunados si no están en el mismo cielo... Largo camino... hasta el primer paso es largo... ¿Qué ocurrirá? ¿Resbalaré, caerá una cornisa? Toda la edificación es nueva y sin embargo... Valor. Vamos.

(Da un paso.)

HECTOR.—Gracias, Ulises.

ULISES.—Ya hemos dado el primero. ¿Cuántos quedan?
HECTOR.—Cuatrocientos sesenta.
ULISES.—Vamos por el segundo. ¿Sabes lo que me decide a partir, Héctor?
HECTOR.—Sí. La nobleza.
ULISES.—No... Andrómaca parpadea igual que Penélope.

(HECTOR, CASANDRA, ANDROMACA, OYAX, DEMOKOS, ARNEOS.)

HECTOR.—¿Estabas ahí, Andrómaca?
ANDROMACA.—Sostenme, no puedo más.
HECTOR.—¿Nos has escuchado?
ANDROMACA.—Sí. Y estoy deshecha.
HECTOR.—Has visto que no tenemos que desesperar...
ANDROMACA.—De nosotros no, pero sí del mundo. Ese hombre me asusta...
HECTOR.—Un minuto más y Ulises estará a bordo. Va deprisa; desde aquí puedo seguir su cortejo... Ya está ante las fuentes. ¿Qué haces?
ANDROMACA.—No tengo ánimo para escuchar más. Tapo mis oídos y no los descubriré hasta que nuestro destino esté decidido.
HECTOR.—¡Busca a Elena, Casandra!

(OYAX *aparece completamente ebrio.*)

CASANDRA.—Ulises te espera en el puerto, Oyax. Llevamos allí a Elena.
OYAX.—¿Elena? Elena no me importa... a la que quiero abrazar es a aquella...
CASANDRA.—Vete, Oyax. Es la mujer de Héctor.

OYAX.—¿La mujer de Héctor? ¡Bravo! Yo he preferido siempre las mujeres de mis amigos, de mis verdaderos amigos...

CASANDRA.—Ulises está ya a medio camino. Márchate.

OYAX.—No te enfades... ella se tapa los oídos y puedo decirle lo que quiera porque no me oirá. Si quisiese tocarla o besarla... pero si no entiende lo que la digo, ¿qué importancia tiene?

CASANDRA.—Mucha, Oyax. Vete.

OYAX.—(CASANDRA *intenta por la fuerza alejarle de* ANDROMACA *y* HECTOR *levanta poco a poco su lanza.)* ¿Sí? ¿Tú crees? Entonces lo mismo da tocarla y besarla..., pero castamente, siempre castamente... cuando se trata de las esposas de mis verdaderos amigos... ¿Qué es lo que tiene de más casto tu mujer, Héctor? El cuello. Pues el cuello; la orejita también parece tan bonita como casta... Ahora la oreja... Voy a decirte lo que a mí me ha parecido siempre lo más casto de las mujeres... ¡Déjame..., déjame! Si tampoco se entera de los besos... ¡Oh qué fuerza tienes! Ya voy... ya voy... adiós...

(Sale OYAX, *y* HECTOR *baja un poco su lanza. Entra* DEMOKOS *corriendo.)*

DEMOKOS.—¿Qué cobardía es ésa? ¿Devuelves a Elena? Troyanos, ¡a las armas! ¡Nos traicionan! ¡Amotináos! ¡Vuestro canto guerrero está terminado! ¡Escuchadlo!

HECTOR.—¡Toma, por ese canto guerrero!

DEMOKOS.—*(Cae.)* Me ha matado...

HECTOR.—¡No habrá guerra, Andrómaca!

(Intenta separar las manos de las orejas de ANDROMACA, *que se resiste con los ojos fijos en* DEMOKOS. *Entra* ABNEOS.)

ABNEOS.—¡Han matado a Demokos! ¿Quién ha sido?

DEMOKOS.—¿Quién ha sido? Oyax. Ha sido Oyax. ¡Matadle!

ABNEOS.—¡Matad a Oyax!

HECTOR.—¡Miente! ¡He sido yo!

DEMOKOS.—No... ha sido Oyax.

ABNEOS.—Oyax ha matado a Demokos... ¡Cogedle! ¡Venganza!

HECTOR.—He sido yo, Demokos. ¡Confiesa! ¡Confiesa o te hiero de nuevo!

DEMOKOS.—No, mi querido Héctor, mi buen Héctor... Ha sido Oyax. ¡Matadle!

ABNEOS.—*(Mirando hacia afuera.)* Ya... le han alcanzado... Le están golpeando...

HECTOR.—*(Separando las manos de* ANDROMACA.) Habrá guerra...

(Las puertas de la guerra se abren lentamente y se ve a ELENA *besando a* TROILO.)

CASANDRA.—El poeta troyano ha muerto... tiene la palabra el poeta griego.

F I N.

TEATRO

(Una comedia cada semana)

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

198. SECRETOS DE ALCOBA, de Leandro de Navarro.
199. LA HERENCIA, de Joaquín Calvo Sotelo.
200. (Extra.) EL TEATRO ESPAÑOL DE HOY (Antología 1939-1958), de Fernández Díaz-Plaja.
201. LOS TRES ETCETERAS DE DON SIMON, de José María Pemán.
202. LA CARCEL SIN PUERTAS, de José Jiménez-Arnau.
203. Y LOS HIJOS DE TUS HIJOS, de Carmen Troitiño.
204. CAFE DEL LICEO, de Jaime de Armiñán.
205. (Extra.) DON JUAN TENORIO, de José Zorrilla.
206. MULTIPLICANDO POR CERO, de Juan G. Basté.
207. LA REINA MUERTA, de Montherlant.
208. JUICIO CONTRA UN SINVERGÜENZA, de Alfonso Paso.
209. ¿DONDE VAS, ALFONSO XII?, de J. I. Luca de Tena.
210. (Extra.) CARLOTA, de Miguel Mihura.
211. ¡BUENAS NOCHES, PATRICIA!, de A. Benedetti y A. Lozano Borroy.
212. ANASTASIA, de M. Maurette y Guy Bolton.
213. LA TELAVISION, de Luis F. de Sevilla y José Alfayate.
214. ELENA OSSORIO, de Luis Escobar.
215. (Extra.) EL ALCALDE DE ZALAMEA, de Calderón de la Barca.
216. DOS HOMBRES EN LA NOCHE, de Juan Más Barlam.
217. LA CAÑA DE PESCAR, de Claudio de la Torre.
218. ESTA NOCHE ES LA VISPERA, de Víctor Ruiz Iriarte.
219. PARTIDA A CUATRO, de N. Manzari y A. Lozano Borroy.
220. (Extra.) FUENTEOVEJUNA, de Lope de Vega.
221. EL LEON DORMIDO, de Graham Greene.
222. TRES DOMINGOS DE OTOÑO, de Juan Más Barlam.
223. MI VIUDA Y YO, de Aldo de Benedetti.
224. LA GALERA, de Emilio Fernández Pino.
225. (Extra.) DEL REY ABAJO, NINGUNO, de F. de Rojas.
226. CORNEJO TIENE UN COMPLEJO, de F. G. Loygorri.
227. CUÑADA VIENE DE CUÑA, de Luis F. de Sevilla y Luis Tejedor.

Pedidos: Editorial Escelicer, S. A.
Héroes del 10 de Agosto
MADRID